

BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Domicilio: Calle de Francisco Giner, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LVI.

MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1932.

NUM. 870.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Ovidio Decroly, por M. Pierre Bovet, pág. 289.—La educación de los niños anormales (continuación), por la Srta. María María Villalba Oliva, pág. 291.—A los señores padres de familia. Obligaciones que a los padres imponen los niños desde que nacen, por D. Carlos T. Gamba, pág. 296.

ENCICLOPEDIA

El centenario de Cuvier, por M. R. Anthony, pág. 302.—El problema del libre albedrío, por el Profesor D. Martín Navarro, pág. 305.—El Colegio de Traductores de Toledo y Domingo Gundisalvo (continuación), por D. Juan García Fayos, pág. 315.

INSTITUCIÓN

Noticia, pág. 320.—Libros recibidos, pág. 320.

PEDAGOGÍA

OVIDIO DECROLY (1)

por M. Pierre Bovet,

Director de la Oficina Internacional de Educación.

Nos enteramos con profundo dolor de que el Dr. Decroly ha fallecido en Bruselas el 12 de setiembre. Esta muerte es para todos aquellos que se acercaron a este hombre de corazón ardiente, de acogida cariñosa para todos los militantes de la nueva educación, un duelo personal. Para los amigos de la escuela y de la infancia, será

(1) De la revista *L'Éducateur*, de Lausanne, Suiza, número de 24 setiembre 1932.

la ocasión de comprender todo lo que el mundo debe al sabio belga.

Decroly ha escrito poco y no deja una gran obra (2). La que ha publicado con Buyse en la Colección Alcan es una compilación de textos que no tiene gran cosa de original. Los dos pequeños volúmenes que ha publicado en nuestra *Collection d'Actualités pédagogiques* ilustran dos capítulos solamente de su obra. Sus comunicaciones a las Sociedades científicas y a los Congresos se refieren a puntos de detalle. Si Decroly no era escritor, no era tampoco orador: algunas de las conferencias que hizo en Suiza, por ejemplo, fueron una decepción para sus oyentes.

Decroly era un hombre de acción, un pensador—porque fué un pensador y hasta un inventor—cuyos puntos de vista teóricos se realizaban inmediatamente en la práctica. El ha predicado con el ejemplo; ha mostrado lo que se podía hacer, lo que había que hacer por lo que él hacía. Millares de hombres y de mujeres de todos los países han tomado de él en la rue de Vossegate, en la avenue de l'Hermitage, en la Drève des Gendarmes ideas y una inspiración que ha fecundado su obra. El influjo de Decroly se cuenta entre los más extendidos de los que se ejercen hoy en la escuela.

(2) DECROLY et MOCHAMP: *Le développement intellectuel et moteur par les jeux éducatifs*.—Neuchâtel, Delachaux.

DECROLY et HAMAIDE: *La méthode de calcul à l'école*, Ibidem.

DECROLY et BUYSE: *La pratique des "tests" mentaux*.—Paris, F. Alcan.

la: júzguese lo que debemos en Suiza a Mlle. Descoedres.

No es éste el lugar de exponer con detalle la obra pedagógica de Decroly, lo que ha hecho primero por la educación de los anormales, después por los normales. No bastaría un artículo. Y, por fortuna, esta obra es conocida en Suiza (1), no sólo gracias a buenos libros y a juegos hermosos, sino gracias también a clases muy vivas en que se aplica el método Decroly, donde se honran los *juegos educativos*, los *centros de interés* y el *método global* de lectura.

Acabamos de recordar los tres aspectos a los cuales está unido el nombre de Decroly.

Juegos educativos para el desenvolvimiento de la inteligencia por la actividad motriz. Se ha dicho alguna vez sonriendo que el educador bruselense echaba todo a juego. Ocupándose de los niños retrasados, como Itard, ha sido como Decroly ha descubierto de nuevo la inmensa importancia de los ejercicios de identificación, de reconocimiento, de clasificación para el desenvolvimiento gradual de la facultad de abstracción. Los juegos graduados, que Mlle. Descoedres ha publicado entre nosotros, dan bien la idea de los recursos asombrosos que ofrecen estos pequeños ejercicios, los cuales llevan insensiblemente al espíritu a reconocer, por ejemplo, la identidad de un número, a pesar de las diferencias de color, de dimensión, de forma, de posición que presentan dos imágenes acopladas.

Ampliada y superada, esta misma idea se ha mostrado fecunda en todos los dominios. Se la ha aplicado—los lectores de Mlle. Descoedres se han dado cuenta de con cuánto ingenio—al aprendizaje no sólo de la lectura y del cálculo, sino de la geografía, de la historia, a la de las lenguas

extranjeras. Y es permitido afirmar que aun no hemos agotado el filón puesto en valor por Decroly.

Centros de interés; en verdad que no es Decroly el inventor, y hay sobre este asunto un hermoso capítulo de historia de la Pedagogía por escribir, en que los herbartianos tendrán un papel de primer orden. La invención de Decroly en este dominio ha consistido en hallar centros de interés en cierto modo permanentes, porque están fundados en las necesidades del niño. Estas necesidades, coincidiendo con las de la humanidad (hay que alimentarse, vestirse, abrigarse en casas, defenderse de los enemigos, etc.), sugieren, de una parte, asociaciones “en el tiempo” y “en el espacio”, que extienden los intereses del escolar a todas las épocas y a todos los países; de otra parte, una gradación natural, que permite establecer programas muy completos, correspondientes a las exigencias tradicionales de la escuela. Teniendo ampliamente en cuenta la necesidad de expresión del niño (por la palabra, el dibujo, la escritura, las actividades manuales constructivas), Decroly ha puesto en pie un método completo muy respetuoso con las tendencias espontáneas del niño y nada revolucionario, sin embargo, en sus alcances. Este método ha obtenido, primero en Bruselas, después en todas partes—en la Suiza francesa también—un éxito de que son testimonio no pocos artículos del *Éducateur*.

Finalmente, *globalización*. Aquí—con precursores, sin duda—, Decroly ha operado en la práctica secular de las enseñanzas fundamentales una verdadera revolución. Desde hace 25 siglos, por lo menos, el niño aprendía primeramente las letras, después las sílabas, para llegar a las palabras y a las frases. “Hemos cambiado todo esto”, gracias a las observaciones hechas por el doctor Decroly sobre la percepción en los anormales. Los niños perciben el conjunto antes que el detalle, el todo antes que la parte. Lo que resulta de esto para la enseñanza de la lectura y de la escritura y su asociación a los centros de interés, ha sido dicho entre nosotros con una precisión elocuente por M. Dottrens y Mlle. Margairaz.

(1) A. DESCOEDRES: *L'éducation des enfants arriérés*.—Neuchâtel, Delachaux

A. HAMAIDE: *La méthode Decroly*. Ibidem.

R. DOTTRENS: *L'apprentissage de la lecture par la méthode globale*.—Ibidem.

Véase también los *Jeux éducatifs*, de mademoiselle DESCOEDRES. Genève, A. S. F. N., y de Mme. REYMOND, Neuchâtel, Delachaux.

Y sabido es que en estos últimos años la enseñanza de los sordomudos ha hecho maravillas por la aplicación llevada a cabo, desde luego en Bruselas, pero realizada también entre nosotros, del método global de Decroly a la lectura en los labios.

No es exagerado decir que lloramos hoy en la persona del Dr. Decroly a un bienhechor de la infancia y de la humanidad.

LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS ANORMALES (1)

por la Srta. María Marta Villalba Oliva,

Profesora del Centro de Aplicación
del Instituto Pedagógico Nacional de Mujeres.

(Lima).

(Conclusión.)

VI.—Maestros de anormales.

Maestro y apóstol parecen sinónimos. Hácese esto realidad cuando tenemos delante de nosotros a un maestro de anormales.

Inteligencia, preparación científica, paciente estudio, mejoramiento diario, vocación decidida, bondad, dulzura, energía, firmeza de carácter, rectitud, justicia, afecto sin debilidades, a cada uno de esos seres pocos dotados, tales son las principales condiciones intelectuales y éticas que debe poseer el maestro de anormales, si se quiere que las secciones de perfeccionamiento rindan el valor a que están destinadas. En corroboración de esto, permítaseme citar aquí la expresión de Binet: "Debe darse a los atrasados los mejores maestros, pues toda falta de método que se cometa en su educación puede acarrearles consecuencias que les perjudicarán más tarde." Pocos son, en verdad, los maestros que tienen aptitudes y vocación para dirigir esta clase de secciones, y en rigor de justicia, si se ha dicho siempre que la labor de un maestro nunca es debidamente remunerada, ¿qué podría decirse de esos abnegados benefactores de la Humanidad? Los maestros de normales gozan con el aprovechamiento más o menos rápido de sus alumnos, en tanto que a los otros les queda el bregar diario y la fatiga por abrir

paso a la luz en las tinieblas de una mente oscura, sin vislumbrar, tal vez nunca, la serena claridad de la aurora.

Para ellos mi reclamo de una remuneración mayor a la asignada a los demás maestros de enseñanza común.

VII.—Escuelas y secciones especiales.

De lo expuesto en capítulos anteriores se infiere la necesidad que hay en todos los países del establecimiento de secciones y escuelas para la educación de los anormales. Algunos países marchan a la cabeza de este movimiento, en tanto que otros dan poca importancia al problema.

Cábele a Francia la gloria de haber sido el país donde germinó por primera vez la idea del tratamiento de anormales. En 1798 se inició con las experiencias de Itard en el "Salvaje de Aveyron". Más tarde, en el siglo XIX, comenzaron los grandes movimientos en éste y otros países. En la actualidad, Francia cuenta con numerosos centros de asistencia y educación de anormales, y las experiencias de muchos de sus hijos han servido de pauta para la implantación del sistema en otros países.

En Alemania empezó el movimiento en 1821, pero sólo en 1828 se fundó la primera escuela especial para anormales profundos, y en 1878, Wundt estableció el primer gabinete de Psicología experimental. Actualmente hay escuelas auxiliares en 230 pueblos alemanes, aparte de la de Charlottenburg, destinada a recibir aquellos débiles mentales que requieren estancia prolongada en el campo.

En Inglaterra, debido a la iniciativa de miss White, empezó a funcionar en 1846 la primera escuela-asilo para idiotas. En 1905 se contaba ya con 149 escuelas especiales para niños anormales, las que han ido aumentando considerablemente, merced al efecto de las leyes de 1893 y 1899, que conminan a las autoridades a dar instrucción a los niños "por los medios necesarios y convenientes".

En Suiza se estableció la primera escuela para anormales en 1841; hoy existen escuelas de este tipo en cada cantón, y las seccio-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

nes de perfeccionamiento funcionan anexas a todas las escuelas públicas primarias desde 1889. En total, cuenta Suiza con más de 100 escuelas y clases especiales y alrededor de 34 asilos para niños idiotas.

En los Estados escandinavos, el movimiento data de hace 14 años, y se sigue el sistema alemán en las escuelas especiales.

En Holanda comenzaron a funcionar las escuelas de perfeccionamiento a principios del siglo xx.

Las primeras iniciativas en España para la creación de esta clase de escuelas se debe a particulares, entre otros, a D. Carlos Nebreda, quien a fines del siglo xix estableció la primera. Ya a partir de 1921 se notó el favor del Estado en la educación de anormales.

En Portugal se debió la primera iniciativa a D. Antonio Aurelio da Costa Ferreira, quien en 1912 fundó la llamada "Colonia Agrícola", albergando en ella 35 anormales.

En Bélgica fué dado el primer paso en 1897. Desde entonces, el número de escuelas y los sistemas de enseñanza para anormales se desarrollan progresivamente.

En Italia fué dado el impulso en los comienzos del siglo xx, debiéndose en gran parte a María de Montessori, Sante de Sanctis y otros.

En los Estados Unidos se hicieron los primeros ensayos en 1845. Hoy son numerosas las escuelas y secciones especiales.

En la Argentina, con la creación del Instituto de Psicología Experimental, se facilitó la obra de selección de niños anormales. En el día existen en dicho país escuelas especiales para retrasados, para débiles mentales y para niños delincuentes.

En el Uruguay, hace muchos años que funciona una clase de anormales en el Asilo Dámaso Larrañaga, para atender a los niños del mismo establecimiento. En 1921, se creó la primera escuela con destino a los anormales pedagógicos de las escuelas comunes de Montevideo; actualmente se denomina este centro de enseñanza Escuela Especial número 1. En 1927, el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal acordó crear secciones anexas a las escue-

las públicas, comprendiendo clase diferenciales, para falsos anormales, y de ortofonía, para corregir defectos de pronunciación.

El Perú cuenta también con secciones para anormales. La primera para niñas, fundada en 1928 en el Centro de Aplicación, anexo al Instituto Pedagógico Nacional de Mujeres, contó desde sus comienzos con el decidido apoyo del personal docente del Instituto y con el entusiasmo siempre creciente de la estudiosa y hábil maestra normalista Srta. Filomena Pereyra Sánchez, a cuyo cargo corre la sección. La primera para hombres fué establecida en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones. Estas secciones cuentan con el respectivo laboratorio de Psicología experimental, y en ellas se aprovechan los meritorios trabajos que en pro de los estudios experimentales han realizado los profesores peruanos doctores Luis Miro Quesada, Luis M. Bouroncle, Elías Ponce Rodríguez, Carlos Velázquez y Luis E. Galván, autor este último de un "Estudio Paidológico del niño Peruano", que hace honor a la bibliografía nacional. Cabe recordar aquí también los estudios del doctor John Macknight, ex director de la Escuela Normal de Varones de Lima, quien en 1912 publicó un interesante folleto, titulado: "Los caracteres físicos y mentales del niño peruano".

Como se ve, en muchos países de América, el asunto es incipiente. De un lado se tropieza con el factor económico, y de otro con la falta de conocimiento del asunto de los padres, quienes rechazan el envío de sus hijos a tales secciones, por creerlo impropio para el buen nombre de la familia. Ningún padre juzga anormal a su hijo, y si lo reconoce, trata de ocultarlo. De aquí que este aspecto del problema sea más difícil de resolver que el primero. Creo que mientras no se eduque a los padres en este sentido, junto con el rótulo de "Escuela para anormales", habría que poner el aviso de alquiler o de clausura. Más aceptado sería el título de escuelas de perfeccionamiento o escuelas especiales, a las que, dotándolas convenientemente, acudirían en mayor número los necesitados. Parece esta

cuestión de nombre algo baladí; pero la experiencia me ha demostrado lo importante del asunto. Cuando al examinar a una niña sospechosa de atraso la he designado para la sección de anormales, ha habido resentimiento de los padres o tutores, y lo peor, el retiro de la alumna, en tanto que señalándola para la sección especial, como la llamamos entre nosotros, la familia lo ha agradecido, sea en forma verbal o escrita.

Contemplando el problema desde el aspecto económico, creo que no sería difícil la creación de secciones especiales anexas a los establecimientos de enseñanza común, la que para los casos de examen médico y de laboratorio se podría recurrir a los institutos donde tales secciones cuentan con los recursos indispensables.

La absoluta necesidad de la creación de tales escuelas o secciones se impone: los anormales son enfermos, y todo enfermo necesita de tratamiento especial. El número de ellas debe ir en razón directa del número de sujetos que requieren el tratamiento.

Dejar a estos niños en las clases ordinarias es perjudicar al conjunto o abandonar a su propia suerte a los menos dotados. Con lo primero se acarrearía un perjuicio colectivo; con lo segundo se agravaría el mal de aquellos infelices: se volverían más perezosos, y al salir de la escuela la sociedad recibiría la carga inútil de un ser incapacitado para desempeñar cualquier oficio y para valerse por sí en la vida cotidiana.

Estas escuelas no deben permanecer aisladas, sino en comunicación con las escuelas regulares, ya que de ellas deben ser enviados los sospechosos de atraso, inestabilidad o debilidad mental; pero sin perder su autonomía y libertad para aceptar o rechazar los alumnos enviados de otras escuelas, a fin de evitar así errores de maestros que quisieran alejar a niños que les son antipáticos o molestos.

Tales escuelas deberían funcionar, preferentemente, en el campo, al aire libre, para coadyuvar así al mejoramiento físico, que tanto necesitan los anormales.

También debería considerarse en su presupuesto una partida especial para el sos-

tenimiento de refectorios o cantinas, donde los alumnos pudieran recibir una sobrealimentación, ya que muchas veces la miseria es la causa de la anemia y raquitismo que se notan en algunos sujetos que se señalan como débiles mentales y que en realidad no son más que falsos anormales.

Asimismo me parece que podría consignarse otra partida para la formación de un ropero escolar, donde los más necesitados pudieran encontrar el abrigo indispensable. En las clases de trabajo manual se daría oportunidad a los alumnos para que ellos mismos confeccionaran muchas de las prendas de vestir. Este aspecto del problema sería tanto más fácil de solucionar en las escuelas de niñas. Las escuelas vocacionales e industriales podrían también cooperar valiosamente en este asunto; vendiendo sus obras manufacturadas percibirían mayor rendimiento económico, y favorecería a las de anormales en la adquisición de obras a precios más reducidos que los de sus similares en plaza.

VIII.—*Orientación en la enseñanza especial.*

Es imposible la determinación general de horarios y programas de enseñanza para las escuelas auxiliares; los diversos tipos de anormales, las circunstancias de medio, raza, etc., obligan a cada director de sección a formular los suyos propios después de meditado estudio y examen para conocimiento de los sujetos a tratar. De ahí la necesidad de maestros inteligentes, bien preparados, y de notoria vocación, de que he tratado en párrafos anteriores.

Cada programa, plan y horario deben consultarse como principio social y pedagógico la orientación de la enseñanza a un fin práctico, la utilidad que más tarde pueda aportar al individuo y a la sociedad; y para llegar a este fin deben contener aquellos principios didácticos que brinden los conocimientos más indispensables para la vida; asimilación de conocimientos que sólo podrá llevarse a cabo satisfactoriamente mediante una gimnasia psicológica que tienda

a formar y perfeccionar las funciones mentales de los sujetos.

Lafora se expresa muy bien al indicar que la tendencia de "la enseñanza especial es permitir al niño el máximo de libertad posible para que exteriorice su propia actividad. Es también dar gran importancia a la instrucción y educación sensorial hasta conseguir que el niño sepa adquirir por sí mismo los materiales necesarios para las representaciones, y ejercitando sus asociaciones de ideas, obtener de ellas juicios personales."

Decroly se expresa en forma más detallada al ocuparse de este asunto: "Es preciso, dice:

1.º Favorecer la representación mental por una intuición constante y bien comprendida de las lecciones objetivas y concretas.

2.º Excitar la actividad voluntaria y la iniciativa haciendo participar al niño en la lección de una manera material e induciéndolo a hacer obra personal.

3.º Adaptar el trabajo a las capacidades volitivas, a la forma de ejecutarlo, a la resistencia y al tipo de fatiga.

4.º Combatir los automatismos inútiles y las fatigas, cambiando a tiempo las lecciones y llenando con ocupaciones útiles todos los momentos libres.

5.º Dar al niño la noción de obligación, de responsabilidad y de sanción, para cuyo fin se ejercerá una vigilancia estricta sobre el rendimiento, teniendo en cuenta la cantidad a exigir y el tiempo máximo necesario.

6.º Proceder pacientemente y hacer que se ejecuten numerosos ejercicios de la misma dificultad y de dificultades muy graduadas, volviendo con frecuencia sobre sus pasos y siempre sosteniendo el interés.

7.º Individualizar de tal manera que, a ser posible, se tome al niño en el punto donde ha llegado, y estimular su atención, para cuyo objeto se reducirá el número de alumnos de la clase, porque la homogeneidad resulta imposible o difícil y la enseñanza indirecta da poco o ningún resultado."

Binet da 20 como máximo de alumnos a un maestro de anormales. Es el mayor nú-

mero con que prácticamente se puede realizar labor eficiente.

En la confección de los horarios debe tenerse en cuenta la ordenación apropiada en los ejercicios del día, para no cansar al alumno y evitar también al maestro la fatiga psíquica que acarrea la enseñanza de anormales. Esta fatiga se acentúa más en las secciones anexas a escuelas donde sólo hay una sección para retrasados, que en las grandes escuelas, donde hay una clase de perfeccionamiento correspondiente a cada sección normal.

Es favorable tanto a los maestros como a los alumnos el movimiento al pasar de un ejercicio a otro.

El acierto en el arreglo del horario es prenda segura de éxito.

Lo limitado de este trabajo no me permite hacer indicaciones sobre la forma de tratar cada una de las materias que debe comprender la enseñanza a subnormales. Séame permitido indicar únicamente que, así como a los más indispensables conocimientos, hay que dar también preferente atención a la educación de los sentidos del trabajo manual, a los ejercicios físicos, al dibujo, al canto, dando a todas las materias tal forma, que la enseñanza se desarrolle de manera provechosa.

Como conclusión de este punto, citaré las felices opiniones de Binet y Simon al respecto: "Encarecemos que no se fije programa, que se permita cierta libertad a los maestros de anormales, que se acepten y patrocinen todas las iniciativas inteligentes, que se provoque reunión frecuente y asociaciones de tales maestros especiales, para que puedan aunar su experiencia; es decir, que se preste a la escuela y clase de anormales la ductilidad y elasticidad necesarias para que la enseñanza especial evolucione y se perfeccione como organismo vivo."

IX.—*Ventajas de orden individual, escolar y social.*

Mucho se ha discutido este punto, sobre todo cuando se ha tenido presente el factor económico y comparado éste con el porcen-

taje de sujetos mejorados en su condición individual y escolar y el rendimiento con carácter social.

Creo, en primer lugar, que esos seres tienen derecho a reclamar una atención especial. Abandonados a su propia suerte, seguirían una degeneración progresiva; atendidos debidamente, son susceptibles, algunos, de volver a ocupar su puesto en las clases normales y capacitarse para ser devueltos como factores útiles a la sociedad.

Como ilustración, podría citar casos particulares de alumnas atrasadas e inestables que, después de uno o dos años de preparación en nuestra sección especial, siguen hoy sus cursos normales.

En los dos años que lleva instalada tal sección, arroja el 42 por 100 de alumnas mejoradas después de apropiado tratamiento.

Algunas que ingresaron a la sección desde que ésta comenzó a funcionar van mejorando lentamente: se trata de débiles profundas, cuya salida de la sección les sería perjudicial; arrojan éstas un 12 por 100.

Dos alumnas mayores de 15 años, egresadas de nuestra clase de perfeccionamiento, han sido puestas en condiciones de entrar en una escuela-taller, donde, según referencias que hemos tenido, se muestran capacitadas para el trabajo manual.

En el presente año han ingresado las pequeñas Alicia y Deidamia, cuyos cocientes intelectuales arrojan: para la primera, 0,47, y para la segunda, 0,78, siendo ésta, además, enferma, pues presenta rasgos de demencia epiléptica.

Tenemos en ellas dos interesantes tipos para estudio en pro de su mejoramiento y el de la colectividad.

Ya que por el corto tiempo de vida que tiene nuestra sección especial no puedo citar muchos casos particulares en apoyo de mi tesis, invoco el testimonio de estadísticas mundiales sobre el rendimiento de las escuelas y clases especiales y la protección que reciben del Estado.

X.—Atención postescolar.

Calculemos llegada la hora de la entrada en sociedad del anormal preparado en clases

de perfeccionamiento. La escuela examinó y supo orientar su enseñanza y encauzar su vida. Sobre todo, la dirección de la habilidad manual lo habrá puesto en condiciones de ser útil. Entonces es llegado el momento en que necesita de apoyo directo preciso. Bien puede recibirlo de la colectividad o del Estado. De ahí la imprescindible necesidad de la formación de Patronatos y Sociedades que amparen al anormal a su salida de la escuela.

Dichos Patronatos extenderían su acción benéfica en la creación de talleres, donde en la repetición continua del mismo trabajo lograría alguna perfección, y al formarse colonias agrícolas, los anormales tendrían oportunidad para desplegar sus actividades, además del beneficio que para su salud significaría la vida campestre.

Juzgo que es un deber de humanidad el que tiene todo ser a quien Dios puso en su mente un reflejo de su divina luz: la inteligencia, el ponerla, en la medida de sus fuerzas, al servicio de aquellos seres menos dotados, que sólo esperan una mano generosa y amiga que les abra, no el paso triunfal por la vida, que jamás alcanzarían, sino el camino para *vivir una vida mejor*.

Dejemos de ser egoístas, y el triunfo será nuestro. Unos momentos de sacrificio de nuestra parte se convertirán en horas de consuelo espiritual y bienestar para esos infelices.

XI.—Conclusiones.

I. Los anormales son enfermos, y, por lo tanto, necesitan educación especial.

II. Los anormales no deben permanecer en las clases comunes, por cuanto perjudican el adelanto de los niños normales, o, al ser abandonados, van camino de una degeneración progresiva.

III. Es de imprescindible necesidad la creación de escuelas y secciones especiales.

IV. Dichas escuelas deben funcionar, preferentemente, en el campo o al aire libre, para coadyuvar así al mejoramiento físico de los débiles.

V. Por las ventajas de orden individual, escolar y social que procuran tales escuelas, merecen el más decidido apoyo del Estado.

VI. Deben contar en su presupuesto con una partida especial para el sostenimiento de refectorios o cantinas, a fin de combatir la anemia y el raquitismo.

VII. Asimismo debe consignarse otra partida para la formación de un ropero escolar, para proveer de abrigo a los más necesitados.

VIII. Las escuelas vocacionales e industriales pueden cooperar en la formación del "ropero", vendiéndole sus obras manufacturadas a precios más bajos que sus similares en el mercado.

IX. Las escuelas de perfeccionamiento deben estar en contacto con las escuelas comunes, sin perder su autonomía.

X. Todo sospechoso de atraso en las escuelas comunes debe ser enviado a las escuelas especiales para ser examinado.

XI. Cada sección debe estar provista del material didáctico indispensable, y por lo menos, en una escuela central debe haber un laboratorio de Psicología experimental.

XII. Cada anormal debe tener su correspondiente registro o expediente.

XIII. En tales secciones es indispensable la intervención del médico-pedago o de médicos especializados.

XIV. Debe darse a los anormales los mejores maestros, y éstos deben percibir remuneración mayor que la asignada a los maestros de secciones comunes.

XV. Todo maestro de anormales debe tener una preparación especial.

XVI. Es conveniente y favorable las asociaciones de maestros especiales.

XVII. La enseñanza en las escuelas y secciones especiales debe ser orientada al mejoramiento psíquico del sujeto y a convertirlo en factor útil para su vida postescolar.

XVIII. En beneficio colectivo conviene la formación de Sociedades protectoras o Patronatos de anormales.

A LOS SEÑORES PADRES DE FAMILIA

Obligaciones que a los padres imponen los niños desde que nacen (1).

por D. Carlos T. Gamba.

Consejero de Enseñanza.

I.º—MOTIVO INICIAL.

Pensando en cómo habría de orientar esta exposición para dirigirme a los señores padres de familia, llevé mi incertidumbre hasta la ciudad de Mercedes, donde había ido en representación del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, con motivo de la ceremonia con que la "Escuela al Aire Libre" recordaba la fecha de su iniciación; y fué en inesperado momento y en la plaza de deportes de aquella ciudad, en que un señor ponía todos sus empeños al servicio de los deseos de su nieta, cuando creí ver claramente cuál habría de ser el rumbo inicial en esta oportunidad, al oírle decir, en respuesta a una expresión amable con que un amigo festejó el sometimiento que mostraba tan formal señor a tan débil criatura: "*es verdad, contestó, me manda esta niñita; nos mandan, debemos decir; no sé si para bien o para mal, pero lo que sé es que nos mandan*"; y mientras seguíamos nuestro paseo a orillas del magnífico río, que es todo el orgullo de aquella ciudad, festejando unos el ingenio de la contestación y orientando otros la fantasía hacia bellas perspectivas de las tierras lejanas, en mi pensamiento hacíanse presentes todas estas ideas que quiero confiaros, porque ellas encierran un sentido profundamente humano de problemas que nos afectan a todos y que no podríamos desatender jamás, sin haber caído en el deplorable olvido de nuestros más vitales intereses.

(1) Conferencia dada a los señores padres de familia en la "Escuela del Aire", a cargo del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, por intermedio de la Estación Oficial de Difusión Radioeléctrica. (De los *Anales de Instrucción Primaria*, de Montevideo, número de julio-diciembre de 1931.)

2.º—EL CLÁSICO CONCEPTO DE HIJO,
EN RELACIÓN CON LA AUTORIDAD PATERNA.

¿Qué ideas hemos recibido del pasado en este sentido? ¿Cuál era el lugar del hijo en la casa paterna, en sociedad y aun en su propio destino? Ser hijo significaba el absoluto renunciamiento de la propia personalidad; correspondíale el más formal acatamiento a la autoridad paterna, sin crítica ni rectificación alguna; y esto era considerado como la mejor garantía, si no la única, del orden y el destino de la familia, y, por lo tanto, de la sociedad, pues fué aquélla considerada desde el principio de los tiempos como el elemento básico del organismo social, tanto más perfecto cuanto más perfecto fuera el principio celular.

Las sociedades nacieron de la imposición de la fuerza; no discutiremos ahora el bien o el mal que de ello derivó; tomaremos el fenómeno social primitivo como un hecho, y de él derivaremos nuestras conclusiones. La fuerza que reina impone una jerarquía entre los hombres; un orden inalterable de planos y escalones; cada cual tiene en el mundo su cometido, y a nadie le está permitido alterar ese orden sin introducir el desconcierto en la totalidad de las realizaciones humanas; a la autoridad reinante no le convienen estas alteraciones; peligra su reinado con la desobediencia, y por ello se convierte en el más celoso guardián de toda autoridad, lo mismo en el orden de las relaciones oficiales que en el de las dependencias familiares: siempre tiene razón el jerarca: el príncipe, el señor, el amo, el capataz, el padre, el maestro de escuela, el que mande, quienquiera que sea. Este orden de imperio se ejerce más tiránicamente sobre los más débiles: los siervos, los esclavos, los obreros, las mujeres, los niños; y, de esta subordinación, mantenida durante siglos, sin más razón que la de su propia fuerza, derivaron las guerras más sangrientas y las conmociones más dolorosas que angustiaron los tiempos y los hombres. Un orden de dulzura, o de razón habría ahorrado a la vida buena parte de sus dolorosas contiendas.

No fueron totalmente negativas estas conmociones dolorosas; conjuntamente con la

noción, cada vez más clara, del Derecho, que la ciencia iba iluminando, comunicaron a la vida una mayor justicia; y a turno adquirieron sus derechos los hombres, fueran esclavos, siervos o simplemente hombres pertenecientes a clases consideradas inferiores; también lucharon los mujeres, y luchan aún, y si no en los dominios totales de la vida política, en los de la consideración filosófica, en el más alto sentido de la expresión, la mujer ocupa el lugar a que tiene derecho por su igualdad con el hombre y alto papel en la vida de la especie. Sin duda se aproximan tiempos en que la justicia tienda sobre la estirpe humana su solio soberano. El último esclavo es el niño, el que no pudo defenderse violentamente para sumar su acción a la ciencia libertadora de toda esclavitud y toda desconsideración.

El dogma del autoritarismo se ha parapetado tras el organismo del niño, imponiéndole sumisión al padre, como un recuerdo de los tiempos viejos, y exigiéndole el mismo acatamiento al maestro, a título de segundo padre, que no significaba otra cosa que un segundo tirano.

Lentamente llega la libertad al niño, porque la ciencia avanza también lentamente; no es que en la sabiduría de la antigüedad no encontremos estas ideas esparcidas en los autores; me refiero a las costumbres sociales prácticas, a los conceptos aceptados y cumplidos en la vida; en estos dominios era real lo que sostengo, y dolorosamente, aun se conservan en muchas gentes, que viven en plena Edad Media del pensamiento.

Ahorrémosle pesares a la vida, señores padres de familia, es hora ya; ellos nos mandan, decía el padre de mi recuerdo inicial; no sé si para bien o para mal, pero nos mandan; ellos debieron mandar toda la vida, y acaso los padres hubieran sido más felices que lo fueron, con una humanidad distinta, educada en moldes más humanos y más justos. Ellos nos mandan desde que nacen: sus llantos, sus dolores, su crecimiento, sus exigencias, sus deseos, sus necesidades, sus preferencias, sus gustos obligan nuestra voluntad, imponen sus caprichos, llenan de angustia nuestros corazones cuando agonizan en las cunas y rebozan de lágrimas de felicidad

nuestros ojos cuando vencen las dificultades del mundo y se abren camino de triunfadores. Cuando ellos nacen, ya no somos más; vemos colmada la ilusión que alimentamos en horas de quimeras, o clavan en nuestros corazones una pena inconsolable cuando su nacimiento no constituye una sonrisa de felicidad. Cuando nacen, la naturaleza nos impone el sacrificio del renunciamiento definitivo; sólo por ellos continuaremos existiendo en la vida y sólo para ellos se moverán nuestros afanes. ¿Cómo, entonces, adoptar por única ley del hijo el acatamiento absoluto de la autoridad paterna y la subordinación total con todo ese mundo interno que trae el niño al nacer como un amplio horizonte por revelarse, que pueden ahogar la fuerza bruta y la autoridad ciega imponiendo su ley de hierro?

Si los hombres meditaran serenamente en el momento único en que un hijo ha nacido, acaso sintieran indefinible miedo a la responsabilidad contraída con la vida. ¿Quién ha nacido? ¿Será, acaso, un revelador? ¿Será toda la abominación en humana forma? Dicen los sabios: el niño es bueno al nacer. ¿Quién, entonces, riega esa bondad y la transforma en fuente fecunda de bienes para sus semejantes? ¿Quién la desatiende, la tuerce y, con falsa orientación, la transforma en crimen? Si los hombres pensáramos en estos problemas cuando nace un hijo, sentiríamos la más honda consternación.

3.º—EL CASTIGO; EL NIÑO MENDIGO, EL NIÑO ANALFABETO, EL NIÑO DELINCUENTE, EL NIÑO VAGABUNDO.

El viejo criterio que consideraba al niño como un sér desprovisto de vida propia, adoptó, de acuerdo con la sabiduría de las épocas, enunciados múltiples, que, en realidad, sólo definieron el criterio externo de los mayores que pretendían interpretar un alma que les era desconocida y que juzgaban en relación con sus prejuicios, sus conocimientos o sus ideas morales; decíase, entre otras cosas: “el alma del niño es página en blanco, en la cual los padres, los maestros y la sociedad deben grabar sus enseñanzas, para orientar al futuro hombre”; y tan al pie de la letra fué

cumplido este precepto, que todas las legislaciones, todas las religiones, todas las doctrinas, todas las banderías políticas o filosóficas reclamaron para sí la que decían “página en blanco del alma del niño”, para realizar en ella la siembra de lo que creyeron su verdad, sin preocuparse de si en esta página estaba impresa desde el nacimiento, y acaso desde antes, toda una orientación de actividad y vida que debieron respetar y que torpemente atropellaban sin más razón que la ley del fuerte.

Y cuando el hijo se resistía en el hogar a inconsultos mandatos de una irracional autoridad paterna, el castigo flagelaba las carnes débiles del niño, por el delito de reclamar sus derechos sin más armas que el llanto y la exposición de su indefensa carne llagada; y cuando el niño se resistía a aprender lo que una escuela bárbara pretendía incrustar en su cerebro, esa escuela bárbara decía: “la letra con sangre entra”, y flagelaba, peor aún que el hogar, el cuerpo y el espíritu, aplicando el tormento del azote a las carnes mártires del niño, y el dicterio y el insulto y la humillación al alma inocente, a la cual definía de página en blanco, y en la que iba dejando todas las aberraciones del tiempo, pretendiendo encaminar un futuro ciudadano hacia el bien, y acaso le dirigía por el camino de la cárcel, del manicomio o del hospital, o por la senda, a veces más peligrosa, de la inadaptación a las leyes del tiempo.

A nuestra disposición están todos los museos de la vieja escuela, que guardan en sus anaqueles la vergüenza de los instrumentos con que dió tormento a la debilidad del niño, torturándola sin comprenderla.

Y lo peor del caso es que, a pesar de todo cuanto se ha adelantado; a pesar de que hasta las cárceles, que aislan y custodian a los máximos delincuentes, se han humanizado notablemente, aun se aplican castigos corporales al niño; aun la brutalidad se ceba en su debilidad; y la ignorancia y la perversidad o un ruin espíritu de desquite hace víctimas a numerosos niños, que acaso no sólo reciben el azote que duele y afrenta, sino que tal vez una de esas azotainas detiene para siempre en el niño castigado el desarrollo de alguna capacidad fundamental

destinada a hacer luz sobre la vida social; el castigo apoca la voluntad, aja las aptitudes en estado embrionario, que esperan el estímulo propicio a su desarrollo, y el azote las detiene, las marchita y las inutiliza para siempre, haciéndole perder a la vida la única esperanza de renovación y de éxito que está contenida en las raíces más profundas de las carnes del niño, azotado en un impulso de ciegos extravíos.

¿Qué diríamos del hombre que, esperándolo todo del resultado de su siembra, dejándose llevar por sus arrebatos, descargara sus enojos sobre el tallo débil de sus plantuelas apenas aparecidas a flor de tierra? ¿A quién se le ha ocurrido alguna vez apalea el arbolito tierno que es una esperanza de frutos ciertos y apetecidos por el sembrador? Proponer este dilema, es resolverlo: sólo la locura, en su acción más extrema, podría realizar tan torpe obra destructora.

¿Y qué es el niño sino débil planta inicial, apenas surgida a flor de vida? ¿Y no están contenidas en su débil e indefensa contextura todas las posibilidades sociales, científicas, estéticas, políticas, en fin, humanas? ¿Cómo hemos podido castigarlo, ajar su estructura material y perturbar las fuentes mismas de ese soplo espiritual, que los siglos se han empeñado en creer encerrado en lo hondo de la carne mortal? ¡Oh! Ya estamos lejos de tales concepciones; pasó, felizmente, la creencia mágica de la existencia en el hombre de un espíritu imperturbable ante los dolores de la carne, siempre habilitado para realizar su obra, cualesquiera fueran las andanzas y situaciones de la envoltura material; no, amigos padres, quien castiga las carnes de un niño, da tormento fundamentalmente a su espíritu, trastornando las más ricas fuentes de la virtud humana y pone a la Humanidad en el camino de toda desesperación.

El mayor dolor de la vida es el niño desdichado; la mayor mancha del hombre la constituye la existencia del niño castigado; el espectáculo más doloroso de nuestra civilización contemporánea lo configuran el niño mendigo, el niño analfabeto, el niño delincuente, el niño vagabundo...; por ahí, por esas fuentes de dolor se va nuestro mejor

tesoro, se aleja la única esperanza de redención próxima; si los mayores nos dedicamos a la lucha diaria que consume riquísimas fuentes de energía, y a la vez abandonamos los niños, de suerte tal que se marchiten los gérmenes que están contenidos en él, no habrá redención para la vida, ni habrá leyes humanas que nos dignifiquen, ni paz definitiva en los hogares.

Presumo en vosotros una objeción; diréis: nosotros no castigamos nuestros hijos; y yo contestaré: quién sabe si no los castigáis; la fatalidad que persigue a la vida adopta las más engañadoras formas; a veces toma el aspecto de la dulzura y el cariño; y si bien esta última modalidad no somete al niño al dolor del azote, no deja por ello de condenarlo menos a la inutilidad y a la pérdida de los ricos gérmenes con que la naturaleza lo dotó; siempre el mal que persigue con más éxitos a la vida del hombre supo disimularse mejor en una especie de mimetismo homicida de certeros golpes, al extremo de que ni aun en presencia de los estragos causados fué advertido por el hombre; ya lo veréis.

4.º—EL NIÑO TRAE AL NACER LA SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS QUE NOSOTROS NO PUDIMOS RESOLVER.

Señores padres de familia:

La admiración que despiertan en nuestros espíritus los próceres no puede llevarnos a la creencia de que son ellos de naturaleza distinta a la de nuestros hijos; claro es que no quiero decir que habéis de suponer a vuestros hijos constituidos materialmente de una manera distinta a la de esos altos valores humanos, no; ni es ésa mi observación; pero es cierto que si con vuestro hijo de la mano admirarais la estatua de Artigas, acaso os pareciera extraño que alguien pudiera afirmar que mañana el pueblo, en acto de justicia, habría de levantar una igual a vuestro hijo; y si oyérais departir respecto del maravilloso genio de Edison, no estaríais muy dispuestos a creer que en vuestro pequeño, que inocente os sigue de la mano, está contenido un genio análogo al de aquel hombre maravilloso. Sé que existen padres que creen y esperan todo de sus hijos, algunos por

creencia exagerada de sus propios valores, otros animados de extremas condescendencias consigo mismos, algunos por ignorancia más o menos explicable; mas a mi exposición no interesan ninguno de estos pareceres particulares no orientados en el verdadero sentido de los altos intereses humanos; la generalidad de los hombres, por lo pronto, sería escéptica en cuanto a la creencia de que todo niño, cualquiera que sea su condición social, pueda llevar en sí un revelador; y éste es el punto, y de aquí la obligación de cuidar, amar y defender al niño en general, como el labrador juicioso quiere y cuida todo su sembrado, sin mimar especialmente a determinada plantita porque suponga que será ésa y no otra la que ha de dar más abundantes espigas. Sí, señores padres de familia, los próceres que adornan hoy con sus perfles vaciados en bronce o modelados en mármol las avenidas y los jardines de nuestras ciudades, como lecciones de voluntad, de sabiduría o de exquisitez espiritual, nacieron niños, fueron como los nuestros débiles y estuvieron expuestos al peligro de marchitarse, si manos groseras los hubieran estrujado irreverentes. Cuando esos próceres desaparecieron, otros hombres les sucedieron en la dirección de los destinos sociales, y agregaron a la obra realizada por aquéllos su propia obra; mañana se elevarán sobre otros pedestales de honor otras figuras respetables; y, si no todos han de merecer tales consagraciones, de cualquier modo harán su obra y orientarán los rumbos humanos por todos los derroteros del mundo. El niño es la esperanza más positiva; permitidme la expresión: el niño es semilla humana; amarla, darle todo calor y luz, y por sobre todas las cosas, respetarla, es un imperativo de la vida, cuyo desconocimiento se paga muy caro: tal vez los hombres que hicieron mal a la vida y la llenaron de dolor y sangre, todos los que levantaron cadalsos y desencadenaron las pasiones que encendieron las guerras y alentaron las injusticias, fueron hombres que no tuvieron niñez, que sufrieron torturas en su infancia, que fueron arrancados violentamente de sus orientaciones congénitas, y que en eso que los sabios del tiempo llamaban "página en blanco", la

ignorancia de los siglos escribió su ley de injusticia y borró la pauta de luz y de bienes que trae al nacer.

5.º—LA VOCACIÓN.

Señores padres de familia:

Yo conservo desde mis tiempos de estudiante un magnífico recuerdo de mis mejores lecturas, que llega en este momento en mi auxilio y que quiero confiaros porque lo juzgo de invalorable significación: ¿Recordáis aquel famoso y legendario loco que se llamó por virtud de su creador Don Quijote de la Mancha? De aquel héroe de novela no se han cansado de reír los siglos, considerándolo siempre ridículo fantasma engendrado en la mente de Cervantes en una hora de cómico razonar. Sin embargo, es poco favor que se hace al autor cuando así se juzga su mejor obra, que es también una de las mejores que escribieron los hombres. Don Quijote no es loco siempre; tiene una manía, y cuando ella lo domina, muestra su aspecto grotesco; mas cuando la luz se hace en su razón, y olvidado del estruendo de las armas departe en absoluta serenidad de espíritu, entonces toda la sabiduría de su época, y más aún, trasuntan sus palabras. Un día, huésped de un hospitalario caballero, D. Diego de Miranda, quien contemplaba absorto la extraña figura del hidalgo andante, dijo: "Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de la posteridad; y *en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado*, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado"... y más adelante, agregaba: "Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa mer-

ced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama"... Y éstas, señores padres de familia, no son palabras de loco.

"Con tres siglos de antelación, dice Climent Terrer, vemos aquí expuesta en cuatro palabras por Cervantes la moderna, que bien pudiéramos llamar resucitada, teoría pedagógica de la elección de carrera bajo la norma de vocación consiguiente a las naturales aptitudes. Así como D. Diego de Miranda se empeñaba en que su hijo estudiara la ciencia de las leyes, disgustándose de verle embebido en la poesía, asimismo siguen hoy muchos padres empeñados en dar coces contra el aguijón al querer que sus hijos abracen carreras o se dediquen a oficios para los cuales no tienen ni vocación ni aptitud."

"Sobre este punto, conviene hacer algunas consideraciones, que tal vez aprovechen a los jóvenes del día cuando lleguen a la augusta dignidad social de padres de familia, pues cuestión es tan interesante para el individuo como para la sociedad."

"Lo muy costoso de las carreras universitarias, que en tiempo de Cervantes estaban al alcance de los pobres, hasta el punto de que pobre y estudiante eran sinónimos, ahuyentan aún hoy por imposibles a los jóvenes proletarios, entre los cuales hay no pocos que tendrían más ajustada colocación en los bancos de las aulas que en el banco del carpintero, si la falta de medios materiales no les atrancara las puertas de las Universidades; y, en cambio, muchos titulados violentamente alistados bajo la harapienta bandera del fracaso hallarían honra y provecho en la oculta nobleza del trabajo manual."

"Seguramente no habría tantos errores y desengaños en la elección de carreras, si, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, se deslindase la educación en sólo dos distintos períodos: educación integral y educación diferencial."

"La primera forma hombres; la segunda les da adecuado empleo en la vida. Aquélla es la luz blanca en que están indiferenciados los siete colores; esta otra es el iris en que gradativamente se van diferenciando las fajas del espectro. Una es igualmente necesaria al médico y al tipógrafo, al notario y al carpintero; la otra adiestra al hombre en

el ejercicio de la profesión a que le llamó su estrella. Para los empleos, cargos, oficios, carreras y destinos sociales se necesitan, ante todo, hombres. En esta afirmación coinciden pensadores de tan diversas opiniones como Rousseau y Balmes, y de tan opuestas nacionalidades como Cervantes y Quevedo, James y Marden".

Esto dicen, señores, el autor y el crítico. Y ahora, vengamos al principio de nuestro razonar: ¿No se castiga, acaso, al hijo cuando se le obliga a seguir cauces que repudia y para los cuales no tiene la menor aptitud? ¿No se continúa flagelando la carne doliente del niño y pervirtiendo ese espíritu nuevo que la vida está esperando para terminar de una vez con toda la penuria que la castiga desde el fondo de los tiempos?

Yo sé, señores, que no siempre os es posible encaminar a vuestros hijos por donde sus estrellas los llaman; es decir, que no siempre pueden los padres consultar las aptitudes de sus hijos para dirigirlos hacia el cultivo de ese tesoro oculto que es la aptitud congénita; yo lo sé y no lo olvido. ¿No he dicho al empezar mi disertación que uno de los dolores más grandes de nuestra vida era la existencia de niños desgraciados, y que una de las culpas más injustificables de nuestra civilización la configuraba el niño mendigo? Ya sé que se vive casi al azar de las circunstancias sociales económicas, que arrojan a los hombres por senderos que no aman, y que a veces es necesario ir a buscar el pedazo de pan al sitio en que se encuentra y a cualquier hora en que fuera posible hallarlo. Sí; todo eso es verdad, y por mucho tiempo aun tendremos que sufrir el dolor de tales absurdos sociales, y presenciar cómo ante nuestros propios ojos se marchitan las mejores flores de esperanza; pero, por lo menos, si es verdad aquella frase inicial de "que ellos, los niños, nos mandan; no sabemos si para bien o para mal, pero que nos mandan", respetemos sus mandatos y procuremos dulcificar con el máximo sacrificio nuestro la incomprensión de un tiempo que hace estragos en las mejores reservas de la vida.

6.º—TRASFORMACIÓN DEL VIEJO CONCEPTO.

Los derechos del hombre tuvieron consagración eterna en una hora inolvidable para la Historia; no obstante, andando los tiempos, parece que aquella fórmula que concretó entonces las máximas aspiraciones de libertad ha perdido un poco de su generalización humana; parece que los derechos del hombre fueran los de un sexo, y por el mundo se agitan las mujeres reclamando los derechos femeninos, y hacen de esta expresión una bandera y una consigna de lucha en los agitados dominios de las ciudades modernas. ¿Quién proclamará los derechos del niño, en la hora en que todas las clases sociales reclaman y conquistan los suyos? El niño sólo tiene voz para reír o para llorar, y eso, para reír o para llorar por sus impresiones actuales; sumido su espíritu en el dulce sueño de la infancia, está entregado a nosotros, sin una protesta, sin un reparo; cuando adquiera la noción del mal que se le hubiere inferido, ya será irreparable el mal; y él, que será la primera víctima de tamaño extravío, se vengará más tarde de la sociedad que lo condenó a vivir en círculos donde no existe la esperanza, con su incapacidad y su vencimiento y sus legítimos rencores.

¿Cómo se pudo afirmar que hay en las abejas y en las hormigas una secreta conciencia que guía los pasos de sus construcciones y sus andanzas? ¿Se pudo atribuir a las plantas una inteligencia clara y certera para orientar sus colores y sus raíces como una defensa de la perennidad de la especie, y permaneceremos sordos y ciegos, y sobre todo injustos, ante la indudable existencia de una sensibilidad típica en el niño, ante la innegable presencia de destinos vocacionales característicos de cada vida que se inicia? Es hora de reaccionar, y estamos, sin duda, en el camino de las reparaciones trascendentes.

Sólo existe una tiranía justa, y ésa es la del niño. Cuando ellos manden sin reservas; cuando ellos impongan sus necesidades y sus íntimos impulsos; cuando sus llantos obliguen más que lo que obligó el capricho de un monarca; cuando en sus manifestaciones de vida veamos la vida misma, evi-

denciándose como en un milagro ante nuestros ojos maravillados de prodigio, la Humanidad habrá marchado tanto y estará tan lejos, que acaso habrá olvidado ya que en la vida existieron verdugos que intentaron exterminarla, flagelando las carnes del niño y estrujando su espíritu divino.

(Concluirá.)

ENCICLOPEDIA

EL CENTENARIO DE CUVIER ⁽¹⁾

por M. R. Anthony,

Profesor del Museo Nacional
de Historia Natural

El título principal que ante la posteridad presenta Jorge Cuvier será siempre el haber fundado, no la Anatomía Comparada, como se dice generalmente, ni la Paleontología, como se ha dicho alguna vez, sino, propiamente hablando, la ciencia anatómica, en el sentido a la vez más amplio y más riguroso de esta expresión.

Ciertamente, antes de él había ya interés por las *anatomías particulares*, como se decía en su época, por la descripción detallada de la disposición y estructura de los órganos; pero ello no se hacía sino como un objeto utilitario, principalmente médico, a no ser que fuese, según la expresión misma de nuestro gran anatómico, "para hacer admirar algún mecanismo curioso"... Comprendida así, no hay que decir que la Anatomía no podía representar una Ciencia.

Para el estudio evolutivo, debería, ante todo, apoyarse en comparaciones. Y antes de Cuvier no había dejado de hacerse. Pero si se relacionaban las disposiciones anatómicas de los diversos animales, era también con un fin utilitario: el de fundar clasificaciones zoológicas a las que sólo se exigía que proporcionasen un medio práctico de reconocerse en la multitud de organismos existentes. Se puede, pues, decir

(1) Discurso pronunciado en Montbéliard, el 12 de julio de 1932.

que antes de Cuvier, la Anatomía, en cuanto Ciencia, no existía en grado alguno, ni de ninguna manera, a pesar de todas las descripciones y de todas las comparaciones que se habían hecho.

Si ante nuestros ojos se presenta como su verdadero fundador, es porque ha sido el primero que ha sabido ver que en ella había leyes, porque ha trabajado metódicamente en descubrir estas leyes, porque ha conseguido formular algunas y de las más fundamentales, en fin, porque ha concebido claramente, y éste es, en mi opinión, el rasgo capital de su genio, que acabarían por constituir algún día un conjunto de donde se desprendería la teoría explicativa de la organización animal.

Uno de los puntos de vista más esenciales de la Ciencia es el enlace de los fenómenos; no se puede concebir en Anatomía una ley más fundamental que la de las correlaciones, a la cual el nombre de Cuvier va unido para siempre. La forma y la disposición de algunos órganos, decía, suponen la forma y la disposición de algunos otros.

Es verdad que ocurre de cuando en cuando que un observador cree encontrar una excepción a esta ley y que se apoya en esta excepción que se imagina percibir, para poner en duda el valor mismo del principio.

No sería inútil hacer observar que la gloria de Cuvier (y no es paradoja) está más bien en haber reconocido que existían leyes anatómicas que en haberlas descubiertas. Al proclamar su existencia necesaria, ha mostrado que tenía una noción exacta de lo que era la Ciencia, y que no la confundía, como se hace con demasiada frecuencia todavía hoy, con la simple recolección de sus materiales; y ante tan grande y tan raro mérito, deben parecer despreciables los errores posibles de interpretación.

De hecho, la gran ley de Cuvier es siempre comprobable cuando se sabe servirse bien de ella. Es siempre comprobable, porque no puede ocurrir que no haya correlaciones orgánicas; en anatomía, como en lo demás, no se podría hacer entrar en consideración al azar, y si hay determinismo en el origen, no puede dejar de haber correlación en los resultados. No es dudoso que esta ley se impo-

ne con igual título que las leyes físicas más sólidamente establecidas. No admitirla sería, evidentemente, negar a la Anatomía la posibilidad de constituir nunca una verdadera ciencia. Y aquí, como siempre en que el buen sentido y la razón son parte en el proceso, la prueba *a posteriori* no ocupa más que un segundo plano.

Cuvier ha tenido, sin embargo, en muchas y repetidas circunstancias, ocasión de suministrar esta prueba, cuando tenía, por ejemplo, que interpretar organismos fósiles de los que no poseía más que algunos restos. Cuando las partes que faltaban llegaban a ser descubiertas, sus predicciones se realizaban siempre, con gran admiración de sus contemporáneos incapaces de apoderarse del secreto de sus métodos.

Si Cuvier, cuyo poderoso cerebro había llegado a establecer la existencia de leyes necesarias en Anatomía, ha conseguido además darnos la ley fundamental de la ciencia que trataba de fundar, es ciertamente gracias a los inmensos conocimientos positivos que había acumulado a fuerza de trabajo; una inteligencia tan grande, trabajando sobre los materiales de una erudición tan vasta, no podía llegar al error en el dominio de las ideas generales. Notemos de paso que en este respecto es muy diferente de Lamarck, su contemporáneo; es por intuición, sobre todo, como Lamarck ha llegado a sus ideas geniales; un paciente análisis de los hechos es el que ha conducido a Cuvier a todos sus grandes descubrimientos.

Decíamos antes que si Cuvier debe ser considerado como el fundador integral de la ciencia anatómica, es no solamente porque ha visto que la Anatomía comportaba necesariamente leyes, no solamente por haber descubierto la primera de esas leyes, sino, sobre todo, porque ha tenido plena conciencia de lo que las leyes anatómicas podrían un día ser reunidas en su conjunto, de donde se desprendería una teoría explicativa, es decir, la expresión última de la Ciencia realizada.

Esta afirmación ha podido parecer extraña a los que se han habituado a ver en él, sobre todo, el campeón de la fijeza de

las especies, el áspero contradictor de Geoffroy Saint-Hilaire, más aun a los que piensan (¡y qué numerosos son!) que todas sus opiniones, su ley de las correlaciones y lo demás estaban subordinadas en su espíritu a la idea que tenía sobre la fijeza de las especies, y, en fin, más todavía, a los que consideran que evitaba sistemáticamente toda incursión en el campo de la filosofía, condenándose a esta actitud por un sentimiento de respeto religioso comprendido de un modo demasiado estrecho.

Hay que ver a Cuvier a otra luz completamente distinta.

Al principio de su carrera, había adoptado plenamente la noción de determinismo en morfología orgánica y, como consecuencia, la idea de transformación se había impuesto a su espíritu. En su *Cuadro elemental de la Historia natural de los animales*, 1798, había llegado en este asunto a desarrollos que asombran en su pluma: "Una planta vellosa, decía, trasportada a un terreno húmedo, se vuelve casi lisa. Los animales pierden el pelo en los países cálidos, los aumentan en los países fríos, etc..." Y observemos que estas frases características son anteriores en dos años al célebre Discurso de apertura del curso de Lamarck en el Museo de Historia Natural (1800), donde éste por vez primera expuso su doctrina, tan célebre hoy.

¿Por qué Cuvier se detuvo en el camino, más aún, porque retrocedió (pues tales concepciones le debían conducir también al transformismo), para hacerse defensor de la fijeza de las especies? No fué ciertamente por falta de espíritu filosófico; sus frases de 1798, toda su obra para quien sepa leerla, prueban superabundantemente lo contrario...; pero es porque su pensamiento se ha vuelto más prudente con la edad, y ha venido a estimar que, si era preciso llegar finalmente a una teoría biológica, esta teoría debía apoyarse en una cantidad tan innumerable de hechos, de nociones claras y precisas, que una vida humana no bastaría para reunirlos; si no fuera así, si se pudiera prescindir de esto, la Anatomía correría el riesgo de convertirse en una disciplina puramente especulativa, y, necesariamente,

entonces se detendría en su progreso. Puede decirse que fué esto su grande y constante aprensión. Comparando, en una de sus lecciones, la evolución de la ciencia anatómica a la del arte en Italia en la época del Renacimiento: "Yo no soy, decía, más que un Perugino... Amaso los materiales para un gran anatómico futuro, y, cuando éste venga, desearé que se me reconozca el mérito de haberle preparado el camino."

Combatiendo a Geoffroy Saint-Hilaire y al transformismo, tenía el sentimiento puro de proteger a la Anatomía contra los entusiasmos peligrosos.

Es un hecho que si Cuvier no hubiese venido a su hora, y si, con los resultados acumulados en sus innumerables trabajos, no hubiese sobrevivido la tradición de sus métodos, los principios transformistas que sirven hoy de guía a nuestras investigaciones, puede ser que hubieran conducido a la Anatomía a un callejón sin salida. La Anatomía viene a ser, gracias a él, la fortaleza que defiende ahora la Biología entera contra los peligros del verbalismo, y a los alrededores de la cual no pueden aventurarse impunemente los literatos de la ciencia.

Se ha comparado con frecuencia el genio de Cuvier al de Bacon, y con mucha razón; Cuvier ha comprendido, como Bacon, que la ciencia no tenía más base posible que los hechos, que era insensato querer construir sin materiales sólidos, y que de cuantos más materiales se dispusiera, más en grande podría construirse. Si se le hubiese intentado comparar con Augusto Comte, no titubearía en afirmar entonces que, aunque evolucionando en un campo infinitamente más limitado, Cuvier se mostró de un espíritu filosófico superior, en ciertas consideraciones, al del fundador del positivismo. No ha proscrito, como Comte, lo que sobrepasa el dominio de la legalidad; por el contrario, ha visto, como decía antes, que la ciencia era explicativa por su naturaleza misma, y que le eran preciso teorías so pena de no existir. Pero para él la hora de las teorías no había llegado aún.

En el dominio de la Biología, quedará siempre como el modelo que debe seguirse si no se quiere correr el riesgo de que los

progresos por los que se trabaja no sean definitivos.

Y si, ahora, después de haber admirado a Cuvier en lo que ha hecho por el progreso de la Ciencia mundial, queremos mirarle desde nuestro punto de vista particular de francés, se nos presenta, entonces, netamente, como el personaje probablemente más representativo del gran establecimiento científico del cual han salido todos sus trabajos.

Sin duda, no se puede decir que nuestro Museo Nacional de Historia Natural le deba su espléndida economía, la organización que le da su carácter esencial de centro de investigación, y de foco de alta enseñanza, esta asociación tan preciosa de cátedras generales sobre todas las ramas de las Ciencias objetivas, desde la Física hasta la Fisiología animal y vegetal, y de cátedras especiales de Sistemática, donde se conservan y estudian los archivos de la Naturaleza...

Todo esto existía antes de Cuvier. Pero mejor que nadie, en la falange de los grandes hombres que han dado tanta gloria al Museo de Historia Natural por sus descubrimientos y sus atisbos geniales, ha contribuido con el ejemplo de su vida laboriosa, con el inmenso renombre que supo adquirir, con los métodos que ha creado, y que después se han impuesto al mundo; y con los resultados inmortales de sus trabajos ha encarnado el espíritu que debe animar y sostener hoy nuestros esfuerzos. Mejor que nadie, él nos ha trazado el camino que debemos seguir. Y mirando su obra es como se comprende toda la verdad de esta bella definición de la ciencia que responde tan bien a la misión del Museo de Historia Natural: "La Ciencia, ha dicho un gran filósofo, es hija de la inteligencia humana y del Universo."

EL PROBLEMA DEL LIBRE ALBEDRÍO

por el Prof. D. Martín Navarro.

Del Instituto Escuela de Madrid.

El primer concepto que es necesario examinar detenidamente al plantear el antiguo problema del "libre albedrío", o de la "li-

bertad de la voluntad" del hombre, es, sin duda, el de lo "libre", o de la "libertad". Pues como todos los conceptos de una larga historia y que han preocupado tan hondamente como éste a los pensadores y a los filósofos, el de la "libertad", o lo "libre", ha tenido muy diversas y a veces contradictorias significaciones. Por ello, ante la dificultad de adoptar una cualquiera de estas significaciones, porque todas son discutidas, parece lo más acertado examinar algunas de las notas que son consideradas unánimemente como esenciales y características de lo "libre", y compararlas con las del concepto que consideramos como su opuesto, o sea con lo "fatal" y "necesario", pues así nos parece que podemos comprender por el momento su verdadero contenido.

En efecto, suele considerarse como libre lo que no está sujeto a la necesidad, y como "necesario" o carente de "libertad", lo que forzosa e ineludiblemente tiene que suceder de una manera determinada. Por ello, se afirma como cosa evidente que no han sido nunca "libres" los ríos para detenerse, ni la tierra para torcer su camino, ni tampoco lo son los animales ni el hombre para cambiar su naturaleza o modo de ser. Porque allí en donde se observa (lo mismo en lo animado como en lo inanimado) una sucesión de fenómenos engendrándose los unos a los otros de manera indefectible y en idéntica forma, se ha estado siempre conforme en negar la existencia de la libertad. Como, por lo contrario, cuando el hombre ha examinado lo íntimo de su conciencia y no ha encontrado nada que le pareciera obligarle a adoptar una determinada resolución, se ha considerado como efectivamente "libre". Consecuentes con esta creencia, todos nos consideramos espontáneamente, y a primera vista al menos, con entera libertad para movernos, para hablar, para pensar, etc., porque no advertimos nada, fuera de nuestra voluntad, que nos obligue a hacerlo.

Es conveniente recordar aquí que cuando en el estado prelógico de la inteligencia, tanto el salvaje como el niño tienen la firme convicción de que la naturaleza obra en realidad "libremente", es decir, sin sujeción inquebrantable a lo que nosotros denominamos sus leyes, la suponen también en posesión

de una actividad, o mejor dicho, de una personalidad análoga a la suya. En el animismo primitivo, el hombre no se cree diferente ni superior a los demás seres naturales (es sabido que con frecuencia los considera hasta como divinidades), porque les atribuye un poder, o, si se quiere, un alma tan libre como la suya.

Ha sido muy posteriormente en la evolución de la cultura, al comparar la profunda divergencia que existe entre el modo de actuar la naturaleza, invariablemente uniforme, y, en su consecuencia, fatal y necesario, y la variedad constante de nuestros actos, cuando el hombre se ha reconocido como el ser únicamente "libre", y le ha llevado a la concepción de que media un dualismo irreductible entre el modo de obrar propiamente humano y el del resto del universo, o sea entre su propio espíritu y todo cuanto existe fuera de él en el mundo. Lo cual propiamente significa que la idea de que poseemos un alma sustancial e infinitamente diversa de lo restante del universo, y a la vez independiente y superior a cuantas leyes lo gobiernan, más que a ninguna exigencia lógica del pensamiento, se debe a la necesidad de explicarse la diferencia capital entre lo "libre" y lo "necesario", que venimos señalando. Porque no ha sucedido precisamente que el hombre haya descubierto primero la condición privilegiada de su alma, y haya reconocido después, como ineludible consecuencia, la libertad de sus actos, sino que, por lo contrario, por afirmar que únicamente es él "libre" en el mundo es por lo que ha concebido la teoría de que su alma debe ser enteramente diversa de todo lo demás.

Señalemos aquí, aunque sea de pasada, cómo, desde los comienzos de la especulación filosófica, el problema del "libre albedrío" ha sido consustancial con ella misma, y así no parecerá extraño que Kant llegara a considerarlo, juntamente con el de la inmortalidad y el de la existencia de Dios, como sus temas fundamentales.

Pero lo más complicado y difícil en la formación del concepto de lo "libre" no radica tanto en su última raíz filosófica, ni en tratar de explicar por qué haya de ser un atributo exclusivo del hombre, concedido

como un privilegio singular, sino en poder distinguir lo que sea verdaderamente "libre" dentro de su propia conciencia, en lo íntimo de su alma, de lo que se nos ofrece en ella misma como fatal y necesario.

Y no nos referimos ahora a los fenómenos psíquicos, que a primera vista pueden considerarse como inferiores o elementales, como las sensaciones, las imágenes, los recuerdos, los instintos, las emociones, etc., sino a los procesos de las facultades superiores, a lo que suele llamarse la manifestación más alta del espíritu, la de la inteligencia y la de la razón, que, en ciertos respectos, las consideramos como enteramente "libres", y en otros, se nos ofrecen como sometidas enteramente a la ley inexorable de la causa y el efecto, y, en su consecuencia, tan fatales y necesarias en sus funciones como pueda serlo el obrar de la naturaleza.

Por ello, habremos de pasar por alto en este momento todos los fenómenos anímicos, propios exclusivamente de nuestra alma, que se producen conforme a leyes tan inquebrantables como puedan serlo las que rigen los hechos naturales, y que la psicología moderna ha intentado hasta someterlos a fórmulas matemáticas. Nos bastaría recordar en este respecto la ley psico-física, las gráficas de la atención, de la fatiga, del olvido, etcétera, para reconocer que indudablemente existen en nuestra conciencia una serie numerosa de fenómenos igualmente encadenados en la relación de causa a efecto, como los restantes del universo. Pero aunque todo esto no fuera cierto, ¿puede, acaso, negarse que es para nosotros tan necesaria la evidencia de la proposición racional de que "el todo es mayor que una de sus partes", que la observación del hecho de que el calor ablanda la cera y endurece el barro? ¿Es que estamos más seguros de que el vapor de agua de las nubes es el que produce la lluvia, que de nuestro convencimiento de que, sumados dos pares de cosas, sean las que se quiera, resulten siempre cuatro? Pero si todo esto es así, ¿en dónde existe entonces nuestra "libertad" para admitir o no, según nuestro exclusivo arbitrio, la verdad de estas proposiciones, que, sin embargo, decimos que son propias exclusivamente de nuestra razón,

o sea, de la función más alta de nuestro espíritu?

Afirmese lo que se quiera respecto de la diferencia de condición o de naturaleza de esos fenómenos espirituales y la de los del mundo externo y material, siempre será preciso reconocer que, en cuanto a la forma "necesaria" y "fatal" de su aparición, si son dadas las antecedentes condiciones, son unos y otros enteramente iguales, esto es, absolutamente sometidos a la ley invariable de la conexión de las causas con sus efectos.

Sin embargo, aunque los psicólogos y los filósofos han reconocido sin grandes violencias que los procesos lógicos del pensamiento, y hasta los propios afectos, el odio y el amor, la simpatía y la aversión, están sometidos a leyes, fatales y necesarias, como cualquier hecho del mundo físico, y que, en su consecuencia, no somos, en realidad, "libres" para producirlos, han observado también que pueden señalarse otros órdenes de fenómenos psíquicos, por ejemplo, nuestros impulsos, nuestros deseos y nuestros actos, que la mayoría de las veces, por lo menos, no se nos ofrecen con ese carácter de necesidad. Porque, en efecto, nada parece que me impide ni me obligue a mover en este momento la pluma, a acercarla o retirarla del papel, ni nada me detiene para levantarme o permanecer sentado. ¿Quién podrá negar este pleno convencimiento, o, si se quiere, esta íntima sensación?

Puedo reconocer, en efecto, que, quiéralo o no, si no tengo a mi alcance la pluma y el papel adecuado, no podré realizar el acto de escribir, y que será inevitable mi contradicción, si, deseando vivamente hacerlo, no lo consigo por alguna dificultad; pero observo también, a la vez, que, aun estando todo dispuesto y en las debidas condiciones, puedo aplazar, "si quiero", mi trabajo. ¿Vale esto tanto como decir que hay en mí una potencia o una actividad extraña y ajena a mi razón y a mis sentimientos, que obra con absoluta independencia de la ley constante y uniforme de las causas con sus efectos? O, por el contrario, ¿he de sostener que si mi pensamiento y mi ánimo están sometidos a lo inexorable y fatal, han de estarlo también mis voliciones y mis actos?

He aquí planteado, con el mayor rigor posible, en el aspecto que nos preocupa, por el momento, lo esencial de nuestro problema.

Ahora bien, si están, efectivamente, la razón y el sentimiento tan encadenados en su actividad como la caída de los cuerpos y el crecimiento de las plantas, ¿por qué no han de estarlo mis deseos y mi voluntad? Si mi pensamiento y mi sentir no son libres, ¿por qué han de serlo mi querer y mis propósitos?

¿De dónde pueden surgir entonces mis impulsos y mis voliciones, si no hay "nada" que les anteceda o los condicione? Por lo pronto, ¿puedo yo verdaderamente desear algo que no sepa antes que existe, o que no advierta de alguna manera su conveniencia para un fin de mi vida? ¿Puedo, efectivamente, atraérmelo o repelerlo, si no le tengo antes afición o aborrecimiento? Cuantas veces analicemos la aparición de un deseo, nos dicen los psicólogos, encontraremos en nuestra conciencia el antecedente que lo determina o la causa que lo engendra. Y todavía más: si no los hallamos directa e inmediatamente con la luz de la reflexión, nos será preciso buscar su conexión y su enlace en lo hondo de la subconsciencia.

Pero si esto es así, la libertad de la voluntad, de que antes hemos hablado, que nos parece percibirla en lo íntimo de nosotros mismos, tan clara y tan evidente como un dato inmediato de la conciencia, ¿es una pura ilusión de nuestras ansias, o, si se quiere, una sensación puramente subjetiva, es decir, sin correspondencia alguna con la verdadera realidad? ¿Es que, como decía Espinosa, al modo como si la piedra pudiera darse cuenta de su caída y desconociera la fuerza que inevitablemente la impulsa, podría creerse libre para dirigirse hacia la tierra, análogamente el hombre, cuando se entera de que realiza sus deseos e ignora la verdadera causa que los engendra, los atribuye a su "libre albedrío"?

Por otra parte, si en el mundo físico, cuanto existe e imaginamos que pueda existir vemos que se origina de algo, necesariamente; y si en la esfera del pensamiento y en la de los afectos, todos los estados y procesos se desenvuelven de acuerdo con sus

antecedentes, ¿por qué en lo propiamente voluntario, en los impulsos, en los deseos, en las resoluciones, fenómenos igualmente psíquicos, como aquéllos, han de cambiarse enteramente las leyes de la conciencia y las universales de todo lo existente, para admitir, en su consecuencia, una creación incondicionada y arbitraria? ¿Cómo explicarnos razonablemente que una facultad del espíritu, la del "libre albedrío" en este caso, pueda sacar de sí misma algo que no esté condicionado por algún factor, por otra cosa, sea ella la que se quiera?

Si el hombre mismo no ha salido de la nada, ¿cómo podremos admitir que algunas de sus potencias o actividades pueda lograr ese privilegio sobrenatural de producir algo, por insignificante que sea, de una nada absoluta?

Los psicólogos y los filósofos se han visto obligados, para responder a estas objeciones, a distinguir en la cuestión dos modos diferentes de actuar las causas: en el mundo y en nuestra conciencia. En la naturaleza, se ha dicho, las causas obran ciega y fatalmente; pero en nuestra conciencia, y mejor dicho, después de las aclaraciones anteriores, en nuestra voluntad, además de hacerlo reflexivamente, es decir, dándonos cuenta de su existencia, no nos impulsan necesariamente a la realización de los actos, sino que tan sólo nos excitan y estimulan para ello. Así, por ejemplo, es enteramente necesario que para que escriba en este momento, tenga la pluma y el papel al alcance de mi mano; pero no lo es mi determinación de hacerlo, porque mi propósito, aunque me induce a ello, no me obliga de un modo inexorable. Es preciso distinguir, por tanto, lo que es una causa, que una vez dada en su integridad, producirá necesariamente el efecto que le corresponda, de lo que es un motivo, el cual nos inducirá y hasta nos inclinará a obrar de conformidad con él, pero nunca nos obligará fatalmente a seguirlo.

Veamos, sin embargo, si está justificada realmente esta distinción.

Para el determinismo tradicional y para los fatalistas intransigentes, un motivo no es más, en realidad, que una de las causas que

nos fuerzan, en combinación con otras, a la ejecución de nuestros actos; o una excitación de insuficiente energía, que sería verdaderamente eficaz y definitiva, si tuviera la potencia necesaria.

Así, en el ejemplo anterior, la existencia de la pluma y el papel se coordina con mi capacidad y mi deseo de escribir, y todo ello coopera para la realización de ese acto, pues nada de eso sería suficiente por sí solo para producirlo; pero si mi deseo de hacerlo no fuera suficientemente intenso para vencer otras inclinaciones contrarias más poderosas, quedaría en mi conciencia como un motivo para inducirla. Concebidos de este modo, los motivos son equivalentes a las oscilaciones de la balanza cuando los dos platillos pesan aproximadamente lo mismo, la cual acabará por inclinarse necesariamente hacia el más pesado, que es la verdadera causa de la inclinación.

El motivo, entendido de esta última manera, es algo que tiene la apariencia de causa, y que hubiera podido serlo realmente, si hubiera sido, en efecto, de otra manera (más intensa, más adecuada, más apropiada al momento, etc.); pues admitir que un motivo sin la energía suficiente llegue a ser la verdadera causa de un acto de la voluntad equivale a reconocer que puede producirse algo en el mundo que no sea proporcionado con la energía antecedente; o, en nuestro caso, que puede surgir en nuestra mente una resolución sin nada que la determine.

Es, pues, obligado pensar que si consideramos el motivo como una causa parcial, o combinada siempre con cualquier otra para poder actuar, y es concebida al modo como lo entiende la física tradicional, es decir, engendrando necesariamente sus efectos cuando es verdadera causa, resulta absurdo hablar de la libertad de la voluntad del hombre considerándola como un poder que puede o no decidirse a la realización de sus actos, con independencia, aunque sea relativa, de sus motivos, pues los impulsos y las decisiones serán en ella tan necesarios como los movimientos de los astros y el curso de los ríos. Por ello puede decirse con razón que el empeño de salvar nuestro libre albedrío, una vez admitido en la esfera de lo psíquico

el principio de la equivalencia entre las causas y sus efectos, que domina en la naturaleza, equivale al intento del nadador que quisiera evitar su hundimiento en el agua tirándose de sus cabellos.

Esta es la razón que hizo fracasar el empeño de Kant y del propio Schopenhauer, de querer armonizar el determinismo psicológico, que, según ellos, está sometido a la ley inexorable de la relación de causa a efecto, que antes hemos señalado, con la libertad de nuestra voluntad, mediante la distinción entre el *yo empírico*, cuyos estados de conciencia se suceden necesariamente los unos a los otros, y el *yo racional*, extraño y superior a las leyes encadenadas del tiempo y del espacio, y únicamente por esto, libre en sus resoluciones. Pues ni la psicología puede ya reconocer en la esfera de la conciencia tales impenetrables y absolutamente aislados recintos, ni la lógica nos autoriza a admitir esas leyes esencialmente contradictorias en nuestra voluntad.

No hay otro camino, por tanto, que el de abandonar nuestra creencia tradicional en el "libre albedrío", al modo como en la vigilia desechamos las fantasías del ensueño, o como el hombre normal considera enteramente falsa la sensación de máxima potencia y de libertad que se experimenta con la sobreexcitación en algunas anomalías del sistema nervioso, o hacer un análisis más riguroso y profundo del concepto de causa que nos ha dado principalmente la física, que ya podemos considerar como antigua en muchos aspectos.

Porque debemos observar que cuando el físico nos ha asegurado, antes de ahora, que una causa dada engendrará necesariamente un efecto determinado, como éste engendrará al que le sigue, nos ha dicho también que, en realidad, no hay nada en el fenómeno subsiguiente que no haya estado contenido en el que le precede, aunque su forma sea tan diversa como se quiera. Es el mismo calor del carbón que ahora arde el que calienta después el agua, y el mismo también que ésta comunica a los alimentos que introducimos en ella. Y, en efecto, sólo por este supuesto encadenamiento y trasmisión de las fuerzas ha podido llegarse al concepto de la

unidad de todas y de su invariabilidad absoluta en el universo entero. Así ha podido afirmarse que, en lo esencial de la fuerza, no hay ahora ninguna otra, ni diferente, de las que hubo en los comienzos de la materia, pues lo único que hay distinto en este momento es su manifestación, ya que nada puede crearse ni desaparecer a través del tiempo. En esto se fundan los que han asegurado repetidamente que, de haber sido posible conocer el número de los átomos que componen nuestro planeta y sus posibles combinaciones, se hubiera podido conocer desde el principio del universo la fauna y la flora de nuestro tiempo. Como, inversamente, podríamos llegar al conocimiento del estado de la materia en la nebulosa de que procede este mundo, si nos fuera dado seguir regresivamente el proceso de sus cambios innumerables a través de los millones de siglos.

Ahora bien, dejando aparte las reservas y las rotundas negativas que presenta contra la verdad de estas afirmaciones la investigación moderna en el propio terreno de la física, ¿podríamos decir otro tanto de los fenómenos anímicos y de la cultura? Conocidos los átomos y todas sus combinaciones, y medida con la exactitud que se quisiera la fuerza cósmica universal, ¿podría sacarse de este conocimiento, por mucho que se le analizara y relacionara, el arte de nuestro tiempo, la religión y la filosofía?

Si fuera posible al entendimiento del hombre conocer el cambio y la diferencia que media entre las incalculables combinaciones que han tenido lugar desde los comienzos del universo, de sus átomos componentes o de las transformaciones de esa supuesta fuerza única que los gobierna, ¿podríamos seguir por el laberinto infinito del mundo, con ese hilo tan maravilloso como el de la mitología, el proceso de todos sus fenómenos, lo mismo hacia adelante que hacia atrás, en todos sus diferentes sentidos? En este caso, unos y otros, y todos los hechos, lo mismo psíquicos que materiales, tendrían un mismo plano, una misma dimensión, porque, en último término, todos serían la misma cosa en el mundo, los átomos y su fuerza, con una única diferencia, la forma de su combinación.

Pero nosotros sabemos ya que esa concep-

ción no la admite ni la misma física moderna, insolidaria en esto y en tantas cosas más de la antigua que hubo de formularla, ni mucho menos pueden admitirla la biología, la psicología y las ciencias de la cultura.

Aunque nos fuera posible seguir el proceso de las equivalencias desde la primera manifestación de la materia de la nebulosa originaria de nuestro sistema planetario, sin que se hubiera aniquilado ni aparecido átomo ni fuerza alguna en la evolución, y pudiéramos comprobar que todas las energías, los movimientos y las leyes actuales son la repetición incesante y eterna de la primera energía, única y absoluta del cosmos primitivo, nosotros encontraríamos un elemento nuevo, un salto de la materia, otra dimensión y otro plano de su existencia, el de la "vida", que es evidentemente algo más que una suma o una disgregación de los átomos. Y si todavía quisiera reducirse lo biológico o lo físico-químico, y no constituyera un término nuevo en el proceso, no puede negarse que lo es, evidentemente, la aparición de la conciencia.

Explíquese, si se quiere, por una pura agregación o disgregación de los átomos originarios, la contracción de la pupila por un exceso de luz, o el aumento de la saliva por la presencia del alimento; pero ¿cómo explicar también por esas combinaciones las molestias o el agrado que hayan de producirse con esos fenómenos al individuo que los experimenta? El matemático podrá decirnos las combinaciones posibles de las bolas blancas, negras y azules que tengamos en una caja; pero ¿a quién se le ocurrirá preguntarle, una vez hechos sus cálculos, por la complacencia o el desagrado que habrá de producirle cada una de ellas al espectador que las contemple?

Es preciso reconocer, por estas consideraciones, que en los fenómenos biológicos, por lo menos, y en los psíquicos, con mayor razón, hay algo más, y enteramente nuevo, que el puro cambio del movimiento de los átomos, que habían supuesto Epicuro y Lucrecio, para explicar el tránsito de lo caótico al cosmos.

Y si esto es así, el problema está en averiguar de qué condición o naturaleza puede ser ese elemento nuevo que surge de los estados anteriores de la materia o del movi-

miento, y en qué relación se encuentra con lo que le precede o lo condiciona, pues es manifiesto que si no es una pura repetición de lo "único" y "lo mismo", que decían los griegos, no es tampoco una creación absoluta, o *ex nihilo*, como se dijo en las antiguas escuelas.

Pero, antes de seguir este orden de consideraciones, entendemos que es obligada aquí una ligera digresión.

Habitado, sin duda, nuestro pensamiento (por el predominio indiscutido de la física en la especulación filosófica de los últimos siglos) a considerar una causa como aquello que engendra materialmente su efecto, nos es de una dificultad punto menos que insuperable entender el nexo que puede mediar entre un antecedente y su consecuencia que no sea del modo mecánico y necesario en que la ciencia natural, y en ciertos respectos la misma matemática, lo han utilizado. No nos explicamos bien, en efecto, que algo pueda ser causa de otra cosa más que siendo ella misma ese efecto, aunque se nos aparezca en otra forma o determinación, es decir, en una de sus posibles transformaciones. Así, o es el mismo calor del cuerpo que arde el que se trasmite al agua y el que ésta trasmite al aire o a otro objeto cualquiera, o es ese mismo calor el que se transforma en movimiento del tren, en electricidad del alumbrado, en magnetismo, etc. Porque no hay nada nuevo en los cambios de la materia que resultan por efecto del calor, es por lo que la mecánica puede mostrarnos las equivalencias de todas las fuerzas, en apariencia tan diversas, y reducirlas a una unidad común.

Pero aquí se ha olvidado que hay otro modo bien diferente de concebir la naturaleza de las causas de las cosas. Es, sin duda, la causa de la producción de un árbol la semilla de donde procede, como el óvulo lo es del animal que se engendra; y ¿cómo puede, no obstante, ni suponerse siquiera una equivalencia material entre ambas series de cosas? Es, sin duda, causa de la resolución de un problema los datos que se ofrecen para plantearlo; pero ¿cómo se pueden identificar con el resultado? Dos personas vemos resbalar al que pasa a nuestro lado, y una lo compadece, mientras que el otro se ríe; y

¿en dónde encontrar la igualdad en estos estados de conciencia, ni equivalencia ninguna, entre la impresión fisiológica de nuestras retinas, que ha sido la causa originaria de que veamos la caída, y los fenómenos psíquicos de la compasión o del regocijo que en cada uno ha despertado?

Ni la física tradicional, con sus leyes, ni la matemática, con sus cálculos, podrán explicarnos jamás el enlace causal entre la vibración del éter que engendra la luz, causa primera de la visión, y la multiplicidad inagotable de estados de ánimo que llega a despertar en nuestra conciencia. Y, sin embargo, para la psicología, la explicación es sumamente sencilla. Porque para ella, un fenómeno psíquico no se agota, o se extingue parte de él, al aparecer el que le sigue, por haberle tenido que dar todo su sér o parte de su energía, sino que se nos ofrece únicamente como una condición que lo prepara y lo determina, sin perder por esto su existencia ni su cualidad. Pues así como el padre engendra a su hijo, sin darle por ello su propia vida ni parte de ella, la vista de mi enemigo engendra mi aversión sin que sea necesario que se trasmita a mi conciencia nada de la suya, ni tampoco que sea preciso que se disminuya o desaparezca algo de lo que a él lo constituye.

Cuando trazo una paralela a uno de los lados de un triángulo, y por la equivalencia de los ángulos llego a valorarlos en dos rectos, no es que haya transformado los tres ángulos que lo integran en los dos rectos que componen, sino que mi razonamiento me obliga a considerar como demostrada la conclusión de la equivalencia en aquél y en todos los triángulos posibles. Es decir, mi razón encuentra un enlace causal entre los datos y el resultado, tan necesario y obligado como el que media entre las causas físicas y sus correspondientes efectos, pero sin que aquéllos se identifiquen con la conclusión, ni pierdan nada de su contenido al determinarla.

Es ésta la antigua causa de la "razón suficiente", que la filosofía supo distinguir de la causa que denominó "material" de las cosas. Y es, sin duda, curioso que después que la física impuso a la propia psicología el predominio de la última sobre la primera, de

tal modo que los mismos psicólogos creyeron encontrar en los procesos psíquicos el determinismo mecánico que los físicos proclamaban en los hechos naturales, sea también la física la que viene a decirnos que allá en lo íntimo de la materia, en donde se generan verdaderamente sus fenómenos, es preciso apelar a esa forma de las causas que parecían exclusivas del espíritu, según la antigua filosofía.

Hecho verdaderamente sorprendente es el de que no esté sola la psicología en la lucha para librarse de la concepción mecanicista tradicional, que parecía subyugarla para siempre, sino que sea la propia física la que destruya los postulados que parecían hacerla incommovible y eterna, y reconozca, en cambio, como ciertas las leyes que rigen los fenómenos psíquicos. Así, en contra del principio de la invariabilidad de la fuerza y de la conservación de la materia, se sostiene ahora, análogamente al crecimiento que se observa por medio de la cultura en las energías del espíritu, o su disminución por las regresiones a la barbarie, un posible aumento, o una aniquilación, tanto de la materia como de la fuerza. Y en oposición a aquel determinismo ciego, fatal y necesario de los movimientos atómicos que se había considerado como cimiento inatacable de las leyes físicas, se nos dice, por una de las mayores autoridades de nuestro tiempo en este orden de indagaciones, por Eddington, que cuando se trata de explicar el movimiento de la tierra conforme a la ley de la gravitación, no parecen tan paradójicas y atrevidas aquellas palabras de Hegel, de que las estrellas se movían por los cielos como las divinidades, sin otra ley que la de su voluntad.

Quiere decirse, en resumen, que los conceptos tradicionales de la "causa" y de la "ley", impuestos en la investigación científica a partir del Renacimiento, por la física primero y por las llamadas ciencias naturales después, se hallan actualmente en una crisis profunda, y que el pensamiento se orienta hacia las ciencias del espíritu y de la cultura, para proponer los que deben sustituirles.

En efecto, nos es ya preciso abandonar, por insuficiente y equivocada, aquella idea de que la relación entre la causa y su efecto

es la de una pura transformación de la primera en el segundo, y que, por tanto, hay una perfecta equivalencia entre ambos, pudiéndose medir exacta y recíprocamente el uno por la otra. Y nos parece también completamente errónea la afirmación de que la "ley" no solamente existe antes de los fenómenos que se supone que rige, sino que éstos están sometidos a ella de una manera matemática, invariable y eterna.

Anteriormente se ha mostrado cómo en lo biológico, y más todavía en lo psíquico y en lo cultural, los antecedentes o las causas preparan y condicionan los efectos y los resultados, pero no los generan de modo absoluto e indefectible, y ahora hemos de agregar que la "ley" no es más que la forma en que se produce el condicionamiento de los resultados. Así, por ejemplo, no sucede realmente que los gases estén sometidos *in eterno* a la ley de que la fuerza de su expansión en un recipiente sea igual en todos sus puntos, sino que lo que efectivamente sucede es que, sumándose y contrarrestándose las repulsiones de todos sus elementos, da por resultado una presión equivalente en ellos; como no ocurre tampoco que sea la ley de la presión atmosférica la que regula para siempre los cambios respectivos de la atmósfera, sino que, en realidad, no es más que la fórmula que hasta ahora se considera más aproximada y exacta para representarnos el juego y la relación infinitamente compleja de las moléculas y de los átomos de que está nuestra atmósfera constituida.

Más claramente puede verse esto mismo en los fenómenos sociales. No hay, ciertamente, una ley que desde su aparición en el mundo obligue o impulse necesariamente a la humanidad a un progreso incesante en su cultura, como tampoco existe la de la "oferta y la demanda" para regular eternamente la relación económica entre los hombres, sino que la primera expresa la resultante de los impulsos infinitamente diversos de los seres humanos para el mejoramiento de su vida, y la segunda, no es que somete *a priori* el cambio de los medios materiales entre los hombres a esa forma indefectible y absoluta, sino que, en las condiciones en que se han encontrado y se hallan actualmente, se ha llegado

a la conclusión de que la "oferta" y la "demanda" son las que parecen regular los precios en el mercado.

Cuando la física moderna nos muestra que la generación de los fenómenos de fuerza y de movimiento es necesario buscarla en la relación incalculablemente compleja de los átomos y de sus elementos constitutivos, viene a destruir también el concepto tradicional de la "ley", como código regulador impuesto desde el comienzo del universo y eternamente dado para la producción de los fenómenos naturales.

¿Quiere decir todo esto que ni en la naturaleza, ni en la vida, ni en la conciencia existe forma alguna constante de la aparición de ningún hecho, y que, como decía Heráclito, el mundo no se repite nunca, ni nada es igual a lo que le precede ni a lo que le sigue? Evidentemente, no. Afirmar que el mundo no se rige por un código para que, al modo como se observa, por ejemplo, en las relaciones de las líneas y de los triángulos, en las cuales se cumplen inexorablemente las leyes de sus propiedades, que el geómetra puede concebir de antemano, no significa que los fenómenos naturales, los estados anímicos y los hechos de la cultura no se hallen sometidos en sus procesos a formas constantes y condicionadas. Pero ha de tenerse muy en cuenta que no es lo mismo señalar el camino antes de efectuar la jornada que haya de emprender un viajero, que observar la marcha que éste sigue a través de una selva desconocida. En este caso, nadie, ni él mismo, puede saber cuál es, en realidad, la mejor de las direcciones que en un momento haya de tomar; y, sin embargo, sería absurdo afirmar por ello que la que siga será elegida al azar, sin causa o irreflexivamente. Por lo contrario, cada uno de sus pasos puede ser el resultado precisamente de un cálculo, de una meditación sobre el conjunto total de las condiciones que en aquel momento se encuentre.

Así avanza el investigador en sus esfuerzos para encontrar la verdad desconocida, así el matemático para hallar la solución del problema que se le plantea, así las agrupaciones sociales buscando nuevas formas de organización para mejorar su situación, así

mismo, en fin, la humanidad para cumplir su destino. Y si no podemos ya admitir que el mundo físico tenga prefijada una meta a la cual se aproxima de una manera fatal y necesaria, hay, no obstante, razones sobradas para pensar que no es por ello un caos en el que, sin causa ni conexión alguna, se producen anárquicamente sus fenómenos. Por lo contrario, cada uno de ellos nos parece, en realidad, la resultante del juego infinito de las fuerzas cósmicas y como la solución acertada de un problema de mecánica universal.

Aunque en muchas de sus conclusiones hayamos de apartarnos del idealismo de la filosofía alemana, hay que volver a él, cuando, en oposición a la concepción imperante entonces de la física, reconocía que lo íntimo y esencial del mundo es preciso buscarlo a través de lo psíquico y de la conciencia, y no al revés, tratar de encontrar la raíz última de los fenómenos del espíritu guiados por los procesos aparentes de los movimientos y de las fuerzas de la naturaleza. Así, podemos ver, con relativa claridad al menos, cómo se armonizan en los procesos anímicos superiores, y en los del razonamiento especialmente, estas afirmaciones que nos parecen contradictorias en los fenómenos naturales: la de que teniendo sus causas el nuevo hecho que se nos aparece, no sea, sin embargo, íntegra y totalmente generado por ellas.

Porque no siendo posible la duda de que de los datos de un problema ha de sacar su solución el matemático, es también no menos evidente que ésta es realmente una cosa nueva, porque es un hallazgo, una adquisición; como no habiendo ninguna duda de que el pintor hace su cuadro con los colores que ve, que el músico forma su melodía con las notas musicales que ya conoce y que el poeta concibe e imagina sus poemas con los elementos que ha recogido mediante su experiencia del mundo exterior, no es también menos cierto que esos productos del arte son verdaderas e inimitables creaciones, y como tales, exceden y sobrepasan la potencia y el contenido de sus elementos constitutivos.

Probablemente han sido los lógicos tradicionales los que más han contribuido a mantener el error de que nuestra inteligencia, y consecuentemente, según ellos, nuestro espí-

ritu entero, no puede crear nada nuevo efectivamente con los datos o elementos de conocimiento que se le ofrecen para pensar. Unicamente el genio de Kant pudo entrever la posibilidad de la adquisición de una nueva verdad, que no está íntegramente contenida en los datos anteriores para el conocimiento, al concebir su famosa distinción entre los juicios "analíticos" y los "sintéticos" *a priori*. En los primeros, decía el gran filósofo, nada nuevo se encuentra, pues al analizar el concepto de triángulo, por ejemplo, hallaremos tan sólo que es una figura que se compone de tres ángulos; es decir, lo mismo exactamente que significa en realidad la palabra "triángulo"; mientras que si afirmo que la recta es la línea más corta entre dos puntos, en este caso, del puro concepto de lo recto, no puede sacarse nunca la propiedad que le atribuyo de ser, en efecto, la menor de cuantas líneas pueda trazar entre ellos.

Se parte aquí del postulado de que la razón es, en su función corriente, como una especie de molino, que no hace más que convertir en harina el grano que se le echa. Nada nuevo puede aparecer en la última conclusión de un razonamiento, según esta concepción, mientras no rebase los límites de lo analítico y entre en la esfera de la matemática, en donde, por una especie de magia de lo "sintético", adquiere de improviso la maravillosa capacidad de conquistar una nueva verdad.

Para la doctrina que podríamos llamar mítica de la razón, que ha dominado hasta ahora, la "diosa" no puede dar por sí misma más ni otra luz que la que recibe, aunque al refractarla nos la ofrezca con sus más bellos colores, ya que la conclusión en el razonamiento no puede contener absolutamente más, ni otra cosa, que lo mismo que se halle implícitamente contenido en las premisas. Como han afirmado siempre los lógicos, el raciocinio marcha siempre de lo mismo a lo mismo, aunque en apariencia y exteriormente se nos ofrezca como diverso el principio de la consecuencia; por ello ha podido decirse que el comienzo y el fin del razonamiento se identifican, y así lo expresa el símbolo famoso de la serpiente mordiéndose su propia cola.

Es manifiesta aquí la analogía entre una

causa que se va transformando en sus efectos, no siendo éstos, en último extremo, más que nuevas equivalencias de aquélla, y este modo de concebir la razón, según el cual, es el mismo pensamiento el que se nos ofrece a través del raciocinio, con sus varias y distintas modalidades, o sea entre las premisas y la conclusión.

Pero si la lógica y la filosofía han llegado hasta considerar a la razón como una categoría esencial del mundo, eternamente la misma, y en ciertos respectos independiente de la existencia de la humanidad misma, la psicología del hombre normal y de nuestro grado de cultura, y todavía más claramente, la del niño y la del salvaje, nos han demostrado hasta la evidencia su condición evolutiva y temporal. Porque no ha aparecido ciertamente la razón en el proceso de la vida, como nació Minerva, de una sola vez y para la eternidad, sino con una lentitud a veces desesperante, y con oscilaciones constantes de avances y retrocesos.

¿Cómo puede explicarse, en efecto, si la razón es consustancial con el hombre y es siempre una y la misma, que el niño, el salvaje y el anormal encuentren lógico y razonable lo que para nosotros es absurdo e incomprensible? Un salvaje considera perfectamente lógico y racional comerse a los ancianos, para evitar que los enemigos se alimenten con ellos; un niño encuentra que es la cosa más natural del mundo, o, lo que es lo mismo, más racional, la transformación de un hombre en un árbol o en una piedra; durante el sueño se hacen los razonamientos más arbitrarios, y así, un individuo se ve obligado, por determinadas circunstancias, a presidir su propio entierro; otro, oyendo medio dormido las cuatro campanadas de un reloj, saca la consecuencia de que está descompuesto, y ha repetido la una cuatro veces. Es conocida la discusión de un brujo que creía poder producir la lluvia mediante su intervención, con un médico que pretendía demostrarle lo absurdo de su creencia. Al objetarle el doctor, como argumento concluyente, que si había observado que muchas veces hacía sus oraciones y la lluvia no se producía, le replicó al instante el brujo, que tampoco él curaba siempre a sus enfermos

cuando les daba sus medicinas. ¿Es que puede decirse que en todos estos casos no hay verdaderos razonamientos, aunque terminen en un error o en un absurdo? Pues qué, ¿los sofismas no consisten muchas veces en raciocinios más sagaces y profundos que las verdades demostradas? No es siempre la razón, como suele decirse, el órgano infalible de la verdad, pues con gran frecuencia el error es tan racional como ella, sino que, en realidad, es una facultad o una potencia adquirida mediante el proceso lento y complicado de la evolución del espíritu humano. De modo semejante al hecho ya comprobado de que para la interpretación del dibujo se necesita una preparación intelectual adecuada, de tal modo, que ni el niño de corta edad, ni el salvaje más primitivo, la poseen, para entender el enlace lógico y racional de las proposiciones o de los juicios, o la relación verdadera de causa a efecto en los fenómenos naturales, se necesita también un desenvolvimiento o una madurez suficiente de la razón. Por tanto, así como ya nadie puede sostener, científicamente, que el lenguaje ha sido formado originariamente de una vez, nos es preciso también reconocer que la facultad de razonar ha sido una adquisición de la capacidad cognoscitiva del hombre, y no un don definitivo y perfecto.

Resultaría largo y difícil hacer aquí el examen de las causas que han originado el error de considerar la razón como un instrumento acabado y hecho de un solo golpe, que pasa siempre de lo mismo a lo mismo a través de las complicaciones infinitas del pensamiento, avanzando por las encrucijadas de las ideas, como el que para evitar su extravío en un laberinto, no suelta de la mano el hilo conductor. Pero ha sido, sin duda, una de las causas más importantes el empeño tradicional de los lógicos de considerar los conceptos como los elementos últimos e indescomponibles a que nos conduce el análisis del razonamiento, es decir, algo así como los cuerpos simples o los átomos de la química mental.

Cuando un lógico acepta o elabora un concepto, no solamente lo considera definitivamente como idéntico y universal para

toda mente que piense, sino que si es verdadero, debe serlo para *in eterno*. Así son para él los conceptos de piedra, de árbol, de hombre, del alma, de la razón y, en suma, de cuantas cosas se puedan pensar. Nada de lo esencial de esos conceptos puede variar, según la lógica, en un ápice, como nada puede agregarse o restarse de uno cualquiera de los números, sin cambiar su condición de ser tal número precisamente, y no otro.

He aquí, como consecuencia, que cuando yo digo: "Sócrates fué un hombre" o Goethe lo fué "también", no puedo decir más, ni tampoco menos, sino siempre y exactamente lo mismo, que cuando afirmo que son hombres el salvaje, el idiota y el anormal.

Son los conceptos así entendidos, algo semejante a lo que eran los átomos para la escuela de Epicuro, todos perfectamente iguales, y variables únicamente en el número y en la combinación. Por ello, así como al analizar un cuerpo cualquiera, el químico no encontrará diferencia posible entre sus elementos constitutivos, tampoco hallará el lógico la menor variante en los conceptos de que se componen los raciocinios para llegar a la conclusión.

(Concluirá.)

EL COLEGIO DE TRADUCTORES DE TOLEDO Y DOMINGO GUNDISALVO (*)

por D. Juan García Fayos.

(Continuación.)

Por lo que toca a la organización y distribución del trabajo entre elementos tan heterogéneos, no hay duda, como advierte Bonilla, que "sería interesante el cuadro que aquellas oficinas de interpretación presentaban: de un lado, el converso, esforzándose por traducir a la tosca *fabla* vulgar las exquisiteces del estilo arábigo; de otro, afanándose, no sólo por adivinar el alcance y sentido que aquella deficiente expresión tuviera en el idioma original, que ignoraba, sino por mostrar su pericia en la lengua de Tulio y sorprender a los cultos de París,

de Bolonia o de Oxford con elegancias de dicción. Numerosos extranjeros de Inglaterra, Alemania, Italia y Francia iban a Toledo, ganosos de saber los secretos de la sabiduría y los recónditos enigmas de la alquimia, de la geomancia y de la nigromancia, para hacerse luego admirar en su país respectivo y obtener honra y provecho en él. Los presbíteros, los diáconos y hasta los acólitos de la próxima iglesia rivalizarían con ellos en buscar escuderos musulmanes o hebreos, *ádibes* (literatos) más o menos complacientes para el fatigoso trabajo de la versión, y los Julianes, Pedros, Domingos, Pelayos y Rodrigos formaban con los Abderrahmanes, Yehudas, Gafires, Abdalabs y Suleimanes el más abigarrado y pintoresco grupo. ¡ Todos eran filósofos, no porque hubiesen hallado la verdad, sino porque la buscaban honrada y ardientemente, con perseverancia y con fe!... Ese foco de *españoles* y de *hispanistas* dió a conocer al mundo europeo, al par que los grandes monumentos de la Filosofía greco-árabe, las obras capitales de Matemáticas, de Astronomía, de Medicina, de Ciencias Naturales, de Física y de Alquimia, sin las que este género de investigaciones hubiera tardado mucho más en desenvolverse" (9). En esta reunión, pues, de hombres inquisitivos y ávidos de la ciencia, Domingo Gundisalvo era, como le llama el autor antes citado, el espíritu de síntesis y de armonía.

Y ¿quién era Domingo Gundisalvo? "Oscuras y confusas, como nota Menéndez y Pelayo, eran las noticias de Gundisalvo antes de la publicación de Jourdain" (10). Y él fué, en efecto, quien puso en orden este enmarañado asunto.

De la persona de nuestro filósofo se hicieron distintos personajes, tales como *Gonzalo, Magister Dominicus archidiaconus Segoviensis, Dominicus Gondisalvi archidiaconus Tholeti, Joannes Gundisalvi, Dominicus archidiaconus, Gundisalinus* y *Domingo*. Mas todos ellos, cotejando, como lo ha hecho Jourdain, y examinando los manuscritos que

(9) A. B., *Historia de la Filosofía española*, loc. cit.

(10) M. P., *Historia de los heterodoxos*, loc. cit.

(1) Véase el número 868 del BOLETÍN.

llevan estos distintos nombres, se identifican en una sola persona: Domingo Gundisalvo. Y así el *Magister Dominicus archidiaconus Segoviensis*, que tradujo la *Metaphisica de Algazel*, es el mismo *Dominicus Gondisalvi archidiaconus Tholeti* que tradujo la *Metaphisica de Avicenna*, y el mismo *Dominicus archidiaconus* que tradujo el *Liber de Anima Avicennae*. Algo más curioso es cómo pueda identificarse este *Domingo Gundisalvo arcediano* con el *Joannes Gundisalvi*, de que nos habla Bartoloccio en la *Biblioteca Rabbinica*. ¿De dónde sale este nombre *Joannes*? ¿A quién se pudo referir?, o ¿qué razón explica este cambio de *Domingo* en *Juan*? “El nombre de *Joannes Gundisalvi*, como observa Menéndez y Pelayo, resulta un error de Bartoloccio, que confundió al arcediano con su colaborador Juan Hispalense, haciendo de dos personajes uno.” Y a la verdad, no dejan de ofrecer los documentos ocasión para ello, siendo así que, como veremos luego, trabajaron ambos personajes de consuno en muchas traducciones.

Por lo que atañe al nombre de *Gundisalino*, que se le da a nuestro traductor en el códice parisiense que encierra el tratado *De processione mundi*, nos ofrece él mismo una prueba de identificación. Pues Vicente de Beauvais llama *Gundisalino* al que tradujo de *coelo et mundo*, mientras que el traductor de la citada obra es llamado *Gonzalo* por Nicolás Antonio en la *Biblioteca Vetus*, según refieren los franciscanos Juan Vallense y Lucas Wading. Ahora bien: según este mismo autor, el citado *Gonzalo* escribió en el siglo XII *De ortu scientiarum* y *De divisione Philosophiae*; de los cuales tratados el primero en el códice Digby (Cat. Ms. Ang.) lleva por título: “*Alpharabius de scientiis sive liber Gundisalvi de divisione Philosophiae*”; y el segundo consta como de *Gundisalvo* en el códice 86 del Colegio del Corpus Christi de Oxford.

De este cotejo de documentos se infiere, pues, que los distintos nombres de *Gonzalo*, *Gundisalvo* y *Gundisalino* parecen referirse a un mismo personaje.

Hemos hecho mención poco ha de Juan el Hispalense (conocido también con los nombres de *Avendehut* o *Avendar*), como cola-

borador de Gundisalvo en la tarea de traducir. Aunque, según parece, también este último nos dejó traducciones por cuenta propia. Aquellas en que ambos colaboraron, Juan vertiendo del árabe al lenguaje vulgar, y Domingo traduciendo esto al latín aun elegante, parecen ser: A) el libro de la *Fuente de la vida* (Makor Hayim), de Avicibrón. Se colige ello evidentemente de estos versos con que termina:

Libro prescripto sit laus et gloria Christo
Per quem finitur quod ad ejus nomen initur.
Transtulit Hispanis interpres lingua Joannis
Hunc ex arabico non absque jubante Domingo.

B) el libro *De Anima*, de Avicena. Se deduce claramente de la curiosa dedicatoria que de él hace: “Al Reverendísimo Arzobispo de la sede toledana y primado de las Españas, el filósofo israelita Juan Avendehut, grato obsequio de reconocida servidumbre...” (11). Y más abajo: “Este libro, pues, ha sido traducido del árabe por vuestro mandato, y dictando yo palabra por palabra en lenguaje vulgar, y poniéndolas en latín el arcediano Domingo, en el cual libro, cuanto dijo Aristóteles en su libro *De Anima*, y *De sensu et sensato*, y *De intellectu et intellecto*, sábete que ha sido recogido por su autor” (12). Menéndez y Pelayo atribuye también a ambos la traducción de la *Lógica* y la *Física* de Algazel. Y Bonilla también parece inclinarse a ello.

La *Metaphisica Avicennae... sive de prima Philosophia*, en la cual, al terminar sus diez libros, se lee: “*Completus est liber quem transtulit Dominicus Gundisalvus archidiaconus Toleti*”, y que se halla en el códice 6.443 de la Biblioteca Nacional de París; los cinco libros de la *Física* del mismo autor que se hallan también en el citado códice, el *Avicennae liber de coelo et mundo*, contenido

(11) “Reverendissimo Toletanae sedis archiepiscopo et Hispaniarum primati, Joannes Avendehut israelita philosophus gratum debitae servitudinis obsequium.”

(12) “Hunc igitur librum vobis praecipientibus, et me singula verba vulgariter proferente et Dominico archidiaconi singula in latinum convertente ex arabico, traslatum, in quo quid Aristoteles dixit libro suo de Anima et de sensu et sensato et intellectu et intellecto ab auctore libri scias esse collectum.”

además en el código 16.082 de la citada Biblioteca, y la *Metaphisica* de Algazel, en cinco libros, que se encuentra en el mismo código y Biblioteca; a pesar de que probablemente, como confiesa Bonilla, se deberán a Gundisalvo y a Juan el Hispalense, y Menéndez y Pelayo es del mismo parecer; con todo, “se atribuyen exclusivamente dichas versiones a Gundisalvo”, según advierte el primero de ambos autores. Pero Menéndez y Pelayo insiste, particularmente al hablar de la *Física* de Avicenna, que, “ya por el asunto, por el estilo, por el lugar del código”, y además porque “en un manuscrito de la Urbinate están expresos sus nombres..., parece traducción de Gundisalvo y su compañero”.

La *Lógica* de Avicenna aparece como del Hispalense en la *Historia de la Filosofía española* de Bonilla, aunque en *Los Heterodoxos* aparece como producto de la colaboración de entrambos autores.

Pero Gundisalvo no era meramente un traductor, era también un pensador por cuenta propia. “Domingo Gundisalvo—son palabras del clásico historiador de la Filosofía medieval, Mauricio de Wulf—, no sólo es uno de los traductores de Toledo, sino también un escritor filosófico cuya importancia es considerable.” “Gundisalvo—dice el mismo autorizado crítico—es un ecléctico compilador magnánimamente abierto a todas las influencias y hábil para manejar las ideas de otros.” Se le atribuyen los tratados *De immortalitate animae*, *De processione mundi*, *De unitate*, *De anima*, *De divisione Philosophiae* y *De ortu scientiarum*. Este último, nota Bonilla “que parece ser traducción literal del Alfarabi” (13). Con gusto nos deten-

driamos, no ya en dar una sucinta idea de cada uno de ellos, sino una circunstanciada exposición de sus materias. Lo merecen lo olvidado del autor, su importancia histórica, la alteza de miras que en ellos resplandece, el talento analizador unas veces y comprensor otras que los preside. En suma, que con sobrada justicia llamó a nuestro filósofo Menéndez y Pelayo “el escritor español más notable, bajo *todos los conceptos*, del siglo XII.” Permítasenos siquiera decir cuatro palabras de sus tratados, que revelen algo de su contenido.

En la universal enciclopedia que se descubre en la *División de la Filosofía* de Gundisalvo, que ha sido, en sustancia, la que ha seguido adoptándose después generalmente en el mundo filosófico, reviven ideas y teorías de toda una pléyade de sabios: Aristóteles, Avicenna, Alfarabi, Algazel, Alkandi, Beda, Boecio, el Cantar de los Cantares, Catón, el Eclesiastés, Euclides, el Génesis, Homero, Horacio, los Himnos de la Iglesia, Job, San Isidoro, Platón, Porfirio, el Psalterio davídico, Pitágoras, Quintiliano, Salomón, Terencio, ambos Testamentos nuevo y viejo, Teodosio, Tulio y Virgilio. La Filosofía, de la cual dice: “No hay ciencia alguna que no sea parte de la Filosofía” (14), y de la que da seis definiciones: “Un allegarse el hombre a las obras del Creador, según las fuerzas de la humana naturaleza; el tedio y cuidadoso estudio y solicitud de la muerte; el conocimiento de las cosas humanas y divinas unidas al deseo de vivir con rectitud; el arte de las artes y la ciencia de las ciencias; el entero conocimiento de uno mismo, y el amor de la sabiduría” (15); abraza dos grandes ramas, *la teoría y la práctica*. La primera comprende tres tratados: Física, Matemáticas y Metafísica o Divina. La segunda abarca otras tres: el primero versa sobre la ciencia que nos dispone y ordena

(13) De estos libros de Gundisalvo andan impresos el *De processione mundi*, el *De unitate*, el *De immortalitate animae* y el *De divisione philosophiae*. El primero lo publicó el Sr. Menéndez y Pelayo, copiándolo de un código de la Nacional de París, como apéndice de los *Heterodoxos*. Los otros tres forman parte de la grandiosa colección de textos y comentarios para la Historia de la Filosofía medieval, que dirige el escolástico profesor alemán Clemente Baeumker, con todo el aparato crítico que es de rigor en tales publicaciones. Todos estos libros, lo mismo que el de Jourdain (de que arriba nos habló D. Marcelino Menéndez y Pelayo), tenemos a la vista mientras trazamos estas líneas.

(14) “Nulla est scientia quae Philosophiae non sit aliqua pars.”

(15) Assimilatio hominis operibus Creatoris secundum virtutis humanitatis; toedium et cura et studium et sollicitudo mortis; rerum humanarum divinarumque cognitio cum studio bone vivendi conjuncta; ars artium et disciplina disciplinarum; integra hominis cognito de se ipso; amor sapientiae.”

con todos los hombres en general; el segundo, sobre la que nos dispone con nuestra familia, y el tercero nos ordena con nosotros mismos. La Física se subdivide en: Medicina, De indiciis, Nicromantia, De imaginibus, De agricultura, De navigatione, De speculis y De alquimia. Las Matemáticas comprenden: Aritmética, Geometría y Óptica, Música, Astrología, Astronomía, De los pesos y medidas y De Ingeniería. Aquella parte de la Filosofía práctica que nos dispone con los demás hombres la subdivide en Gramática, Poética, Retórica, Lógica y Política. En cada uno de estos miembros estudia generalmente, como advierte en el prólogo: “qué sea ella, cuál su género, su materia, su especie, sus partes, su oficio, su fin, su instrumento, su artífice, por qué así se llame, con qué orden se ha de leer” (16). ¡A tales menudencias descendía aquel hombre universal! Hablando de la Metafísica o Ciencia divina, dice: “Algunos dijeron que su materia eran las cuatro causas: material y formal, eficiente y final; otros... Dios. Los cuales todos se equivocaron. Pues ninguna ciencia, conforme al testimonio de Aristóteles, trata de investigar su materia. Es así que en ésta se trata de investigar si hay Dios. Luego Dios no es su materia. Y lo mismo se diga de las causas. Pero porque en toda ciencia lo que se supone como materia necesariamente se prueba en otra, y, por otra parte, después de ésta (la Metafísica) no queda otra ciencia en la que su materia se pruebe; por eso necesariamente la materia de esta ciencia es aquello que es más común y evidente a todas, a saber: el ente” (17). “Este orden, dice en otro lugar,

(16) “Quid ipsa sit, quod genus, que materia, que species, que partes, quod officium, quis finis, quod instrumentum, quis artifex, quare sic vocetur, quo ordine legenda sit.”

(17) “Materiam hujus artis quidam dixerunt esse quator causas: materialem et formalem, efficientem et finalem; alii... Deum. Qui omnes decepti sunt. Teste enim Aristotele nulla scientia inquirat materiam suam; sed in hac materia inquiratur an sit Deus. Ergo Deus non est materia ejus. Similiter de causis. Set quia in omni scientia id quod materia ponitur necessario in alia probatur post hanc autem nulla restat scientia in qua materia ejus probatur, ideo necessario materia hujus, scientie est id quod communius et evidentius omnibus est, scilicet *ens*.”

se observa en ella: ante todo, investiga acerca de las esencias de las cosas que a ellas les acaecen en cuanto son esencias. Después investiga sobre los principios de las demostraciones en las ciencias especulativas o partes especiales. Luego, trata de los principios de la ciencia lógica y de los principios de la ciencia doctrinal (esto es, las Matemáticas, que, según la etimología griega: *μανδανω*, *manzano*, era la ciencia doctrinal), y de los principios de la ciencia natural; los justifica e investiga las sustancias y propiedades de los mismos. Tras esto inquiriere sobre las esencias que ni son cuerpos ni están en los cuerpos. Acerca de los que ante todo investiga si son esencias o no. Y prueba que son muchas. Luego, prueba que las mismas, según su multitud, van subiendo de lo menos a lo más perfecto y... a lo último en perfección, *sobre lo cual nada hay más perfecto*, ni puede tener otro ser *semejante*, ni *igual*, ni *contrario*..., ni anterior..., y hasta cuando se llega al ser que es imposible ser adquirido de otro, y que él es el único y el primero, y que precede a todo absolutamente..., y que es imposible en modo alguno que haya en él multitud; más aún: es tal, que es *digno sobre todas las cosas del nombre y significación de uno y de ente, y de verdadero, y de primero*. Después manifiesta que aquello solamente que tiene estas propiedades debe creerse que sea Dios, cuya *gloria sublime*” (18).

(18) “Hoc autem ordine ipsa tractatur: in primis inquirat de esenciis et de rebus que accidunt eis secundum hoc quod sunt esencie. Deinde inquirat de principiis demonstrationum in scienciis speculationis vel partibus. Deinde inquirat de principiis scientie logice et principiis scientie doctrinalis (esto es las Matemáticas, que, según la etimología griega, *manzano*, era la ciencia doctrinal), et principiis scientie naturalis; et inquirat justificacionem eorum et substantias et proprietates eorum... Postea inquirat de esenciis que nec sunt corpora nec in corporibus. De quibus in primis inquirat an sint esencie an non et demonstratione probat quod sint esencie. Deinde inquirat de eis an sit plures an non, et demonstrat quod sint plures... Deinde probat quod ipse secundum suam multitudinem surgunt a minore ad perfectiorem et... ad postremum perfectum *quo perfectius nihil esse potest, nec inesse potest ei aliquid esse simile, nec aequale, nec contrarium... nec prius... (et quousque pervenitur) ad esse quod impossibile est acquiri ab alia re, et quod illud est unum et primum et precedens ab-*

En la Geometría dice: “Las partes teóricas de la Geometría son tres: la una considera las líneas, la otra las superficies y la otra los cuerpos; ésta divídese según el número de los cuerpos, a saber: en cubos, pirámides, esferas, cilindros... Las especies de la teórica son tres: la operación, la ciencia y la invención... Para *operar*, se proponen el primero y el segundo teorema de Euclides y muchos otros..., como sobre una línea recta dada construir un triángulo equilátero... Para *saber*... el quinto teorema de Euclides..., que es: si dos ángulos de cualquier triángulo sobre la base fuesen iguales, también serán iguales los ángulos que están bajo la base. Para *investigar*... Cómo, dado un círculo, encontrar el centro; pues aunque sepamos que todo círculo tiene su centro, no sabemos, con todo, en dónde está, y por esto, al acabar..., siempre debemos decir: *Y esto es lo que pretendimos encontrar*” (19). A la Poesía señala por fin: “Deleitar con las cosas jocosas y edificar con las serias, según aquello: *Aut prodesse volunt aut delectare poetae—Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci*” (20)—. Y tratando del verso elegíaco, aun a este pormenor descende: “Hay que evitar en la poesía elegíaca no quede algo del final del pentámetro para el exámetro siguiente” (21). Basta lo entresacado

solute... et quod impossibile est aliquo modo in eo esse multitudinem; immo illud est quod supra omnia dignius est nomine et significatione unius et entis et veri et primi. Deinde ostendit quod illud tantum quod est istarum proprietatum, debet credi quod sit Deus cujus gloria sublimis.”

(19) “Partes theoricae (Geometriae) sunt tres: una est consideratio de lineis, alia de superficiebus, alia de corporibus (hoc)... dividitur secundum numerum corporum, scilicet in cubos, piramides, sphaeras, columnas... species theorice sunt tres, scilicet operatio, scientia, inventio... Ad *agendum* proponuntur primum et secundum theorema Euclidis et multa alia... ut super datam rectam lineam, triangulum equilaterum constituamus... Ad *sciendum*... quintum theorema Euclidis... Si duo anguli cujuslibet trianguli super basim fuerint aequales; et anguli qui sunt sub basi erunt aequales. Ad *inveniendum*... ut dato circulo centrum invenire; licet enim sciamus quod omnis circulus centrum habeat, nescimus tamen ubi sit; et ideo in fini ejus ...semper dicere debemus: *et hoc est quod invenire volumus.*”

(20) “Ludicris delectare, seriis edificare, juxta illud: *Aut prodesse volunt aut delectare poetae. Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.*”

(21) “Cavendum est autem in hoc elegiaco

para formarse un concepto, siquiera sea somero, del tratado *De divisione Philosophiae*. Este tratado ha sido copiado en parte por Vicente de Beauvais (Vincentius Bellovacensis), el célebre preceptor de los hijos del rey San Luis, en su *Speculum doctrinale*, aunque reconociendo su *origen*. La división que hizo nuestro Gundisalvo de la Filosofía, con la modificación que introdujo el célebre dominico Roberto Kilwarby, fué la misma que adoptó poco más tarde Santo Tomás.

Ni es menos interesante nuestro arcediano en su tratado *De immortalitate animae*. Algunos de los argumentos que en él daba ya Gundisalvo para probar la inmortalidad del alma son: 1.º, la independencia del cuerpo en el obrar; 2.º, el impedimento que encuentran en el cuerpo las funciones del alma; 3.º, el que no sólo no se robustezca o debilite indefectiblemente el cuerpo al par que el alma, sino más bien al contrario; 4.º, el ser el alma, como inteligente, forma incorruptible; 5.º, nuestro natural deseo de la felicidad verdadera y completa; 6.º, el no ser capaz de ningún modo de destrucción. Y termina con estas hermosas palabras: “En la vida de la bienaventuranza, el alma totalmente arrebatada en pos de Dios y abstraída de todas las otras cosas, todo cuanto viva, de El mismo lo gozará y a El lo devolverá todo con íntimo júbilo, porque la vida consiste en entender y en amar” (22).

El tratado *De immortalitate animae* lo plagió y casi lo copió íntegro ya en el mismo siglo XII, en un libro homónimo, el famoso doctor y obispo de París, Guillermo de Auvernia, citado muchas veces por los escolásticos con el nombre de Gullielmus Parisiensis.

Del tratado *De processione mundi*, del cual dijo Jourdain que “es uno de los más antiguos monumentos de la Filosofía española influída por la musulmana”, aunque, como observa el filósofo lovaniense de Wulf, *depurado de sus errores*, sólo quiero trasladar

carmine ne de summa pentametri versus aliquid remaneat, quod sequens exámetro recipiat.”

(22) “In vita beatitudinis... mens totaliter in deum rapta, et ab omnibus aliis erepta; totum quod vivet, ex ipso solo hauriet et totum refundet, et eructabit in ipsum, quoniam vita in apprehensionibus et affectionibus totaliter consistit.”

uno de sus argumentos con que prueba la existencia de Dios: "A todo lo que comienza a existir, alguna otra cosa le dió el sér, y todo lo que empieza a ser, antes de que exista es posible que ello exista; porque lo que es imposible, jamás comienza a existir, sino lo que es posible. De igual suerte, cuando comienza a existir, pasa de la potencia al efecto, de la posibilidad al acto. Ahora bien, el tránsito de la potencia al acto es movimiento. Luego todo lo que comienza a existir se mueve para existir. Pero todo lo que se mueve, por otro se mueve (bueno será notar, aunque sea de paso, cómo nuestro filósofo daba ya a este famoso adagio aristotélico el sentido genuino y verdadero que más tarde le atribuyó nuestro Doctor Eximio); luego todo lo que comienza a existir, no ello mismo, sino alguna otra cosa le dió el sér; pues no existiendo no podía darse el sér a sí mismo, porque lo que no existe, ni a sí ni a otro puede dar el sér. Imposible es también que una cosa sea causa eficiente de sí misma, porque toda causa eficiente es anterior a lo que hace. Por consiguiente, si alguna se diese el sér a sí misma, entonces aquella cosa sería anterior y posterior a sí misma, lo que es imposible. Por lo cual, a todo lo que comienza a existir, alguna otra cosa distinta le dió el sér. De nuevo—arguyendo en la misma forma—esta otra cosa o comienza a existir o no...; si comienza a existir, entonces alguna otra cosa le dió el sér, y así proseguir investigando, o sin fin; pero entonces, al proseguir investigando, algo ocurrirá que hubiese dado el sér a todo lo que comienza, empero ello de ningún modo comenzó a ser. Ahora bien, lo que existe y no comenzó a existir, éste es, de entre los entes, aquél. Luego cualquiera que sea es anterior a todas las cosas que tuvieron principio en su existencia, y así es *el principio y primera causa de todas las cosas* (23).

(23) "Omni incipienti esse aliqua alia res dedit sibi esse, et omne quod incipit esse, antequam sit, possibile est id esse; quia quod impossibile est numquam incipit esse, sed quod possibile est. Item quem incipit esse, de potentia exit ad effectum, de possibilitate ad actum. Exitus autem de potentia ad actum motus est; quidquid ergo incipit esse movetur ad esse. Omne autem quod movetur ab alio movetur;

"Dos grandes méritos, dice Bonilla, tiene *este tratado*; primero, fortifica la prueba de la existencia de una causa primera, dada ya por Aristóteles en la Física; segundo, expone una concepción sintética y verdaderamente grandiosa del Universo. En este último sentido el opúsculo de Gundisalvo merece quedar como perdurable monumento de la Historia de la Filosofía."

(Concluirá.)

INSTITUCION

NOTICIA

D. Manuel Portales, español, residente en la República Argentina, que en el año 1924 hizo un importante donativo a la INSTITUCIÓN, según consta en la Memoria de Secretaría leída en la Junta de señores Accionistas de 28 de mayo de dicho año, ha dado una nueva prueba de su simpatía por nuestra obra entregando cinco mil pesetas con destino al presupuesto de la Junta Facultativa.

LIBROS RECIBIDOS

Valentí Camp (S.).—*Vicisitudes y anhelos del pueblo español*.—Prólogo de Pedro Dorado Montero.—(Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales.—Volumen VII).—Barcelona, Antonio Virgili, S. en C., Editores, 1911.—8°—Don. de D. Hermenegildo Giner.

omne igitur quod coepit esse, non ipsum sed aliqua alia res dedit esse: ipsum enim cum non erat sibi dare esse non poterat; quod enim non est, nec sibi nec alii dare esse potest. Impossibile est etiam quod aliquid sit causa efficiens sui ipsius: omnis enim causa efficiens prior est eo quod efficit. Si igitur aliquid daret sibi esse, tunc illud esset prius et posterius se ipso, quod aut non...; si vero incipit esse, tunc aliquid aliud aliquid dedit esse. Iterum illud aut incipit esse aut non...; si vero incipit esse, tunc aliquid aliud dedit sibi esse et ita idquirendo aut in infinitum; tunc autem aliquid occurreret quod incipientibus dederit esse, ipsum vero nullatenus cepit esse. Quod autem est et non incipit esse, hoc entium est illud; ergo quidquid sit, prius est omnibus habentibus initium, et sic est *principium et prima causa omnium*."

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas:
Torija, 5.—Teléfono 10306.